EL TEATRO
MODERNO

Digitized by the Internet Archive
in 2024 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/daleunbesopapco1211sure_0

EL TEATRO
MODERNO
Director: LUIS URIARTE

Antonio Suárez

DALE UN BESO A PAPÁ

COMEDIA EN TRES ACTOS
Y EN PROSA

Estrenada en el Teatro Barcelona, de Barcelona, el 25 de mayo de 1927, y en el Infanta Isabel, de Madrid, el 4 de enero de 1928

PRENSA MODERNA
MADRID

AÑO IV 28-I-1928 NÚM. 125

LA NOVELA PASIONAL

Novelas cortas de los mejores escritores galantes.
APARECE LOS SABADOS 50 CTS.

EL TEATRO

APARECE LOS SABADOS
Los más grandes éxitos de los mejores autores. 50 CTS.

FRU-FRU

APARECE LOS JUEVES
Novelas eróticas de los más prestigiosos escritores 30 CTS.

COLECCION IMPERIO

NOVELAS DE AMOR
Sugestivos originales. Primorosa edición. 3 PTAS.

PRENSA MODERNA
APARTADO 2.012
MADRID

ANTÔNIO SUAREZ

REPARTO

Personajes.	En Barcelona.	En Madrid.
Anita	*Amparo Martí.*	*Herminia Más.*
El Ama (Isabel)... ...	*Isabel Garcés.*	*Isabel Garcés.*
Juanita...	*Pepita Serrano.*	*Pepita Serrano.*
Luis...	*Pedro F. Cuenca.*	*Pedro F. Cuenca.*
Don Ramón...	*Arturo La Riva.*	*Arturo La Riva.*
Don Jenaro...	*Salvador Mora.*	*Salvador Mora.*
Eduardo	*Antonio Suárez.*	*Antonio Suárez.*
Roberto...	*Eduardo Olavide.*	*Eduardo Olavide.*
Vicente...	*Rafael Acebal.*	*Rafael Acebal.*
Juan...	*Pedro Valdivieso.*	*Pedro Valdivieso.*

NOTA.—Una muñeca de mantillas. Debe dar la impresión de una criatura de verdad, y para conseguirlo, deberá tener el cuerpo de arena y serrín para que pese. Es necesario este detalle por lo que juega en escena la muñeca.

En el acto segundo vestida de corto.

A la señora viuda e hijo de don Arturo Serrano, muy agradecido, dedico mi primera comedia.

ANTONIO SUÁREZ

ACTO PRIMERO

Nos encontramos en una suntuosa alcoba del palacio del marqués de Sierra Alba. En el foro, en su parte derecha, un gran ventanal. En el foro izquierda, puerta, y en la primera del mismo lado, otra que da acceso al cuarto de baño. En el primer término derecha, una elegante cama, corriente o turca, cuyas ropas deben denotar buen gusto y riqueza. A los pies de ésta, si es cama, una chaisse-longue. Lo demás muebles de gran gusto y los necesarios en una alcoba bien.

Una lámpara en el centro del techo. Las aristas de la habitación pueden tener aparatos de velas. Sobre una de las mesillas, aparato portátil, y sobre la cama en la parte alta de la cabecera, otra luz. El ventanal tendrá corrida la cortina y ésta estará dispuesta para juego de escena.

(Al levantarse el telón, aparece sentado en una butaca don Jenaro, mayordomo del marqués, usa largas patillas. Se halla sentado de espaldas al portátil. Tiene en el suelo diferentes periódicos, que se supone ha leído ya. Está dormido y conserva en una mano el periódico que leía cuando le sorprendió el sueño. Después de una pausa se abre la puerta del foro y aparece Roberto, ayuda de cámara, vestido de frac. Enciende la luz del centro y en este momento despierta sobresaltado don Jenaro.)

JENA. ¿Qué? ¿Quién?

ROBER. Perdone el señor mayordomo si le he despertado. No creí que estuviera en el dormitorio del señor.

JENA. ¿Despertarme? Si no dormía. Estaba leyendo y una cosa muy interesante.

ROBER. Pues perdón si interrumpí su lectura.

JENA. ¿Ha venido el señorito?

ROBER. No, señor. Venía para preparar las cosas y abrir la cama.

JENA. Bien está. *(Entra el criado en el cuarto de baño, saliendo en seguida con un pijama, zapatillas y una elegante bata, dejándolo sobre la cama y abriendo el embozo después.)*

ROBER. ¿El señor mayordomo tiene el deseo de que me vaya a descansar?

JENA. Sí, desde luego, ¿qué hora es?

ROBER. Cerca de las tres.

JENA. Pues entonces me acostaré yo también. No habiendo venido a cenar el señorito de esperar es que tampoco venga a acostarse, por lo menos no siendo día claro. Retírese.

ROBER. Cumplo el mandato del señor mayordomo. *(Mutis por el foro.)*

JENA. *(Va al portátil y apaga éste, cruza la escena apagando la lámpara del centro; queda la alcoba iluminada solamente por la luz de la noche que entra por el amplio ventanal. Al ir a hacer mutis don Jenaro, un destello de faros de automóvil recorre la escena rápido y se oyen repetidos toques de "klaxon". Vuelve don Jenaro y se asoma al ventanal.)* ¿Eh? ¡El señorito! *(Enciende las luces, va a un teléfono privado que se encuentra entre la ventana y la puerta de entrada y llama.)* ¡Juan! ¡Juan! Abre la verja. El señor espera. Menos mal que viene pronto. Podremos descansar tranquilamente toda la noche. *(Se coloca respetuosamente junto a la puerta. Una pausa y aparece Luis, el señor marqués de Sierra Alba. Viene de frac. Lleva el gabán sobre los hombros y con la parte delantera de uno de los lados de éste tapa algo que no se ha de ver hasta que le quita el gabán el mayordomo.)*

LUIS. Don Jenaro, quíteme el gabán. *(Obedece éste y queda ante la vista del público una niña de pecho en los brazos de Luis.)*

JENA. Pero... ¿Qué es esto?

LUIS. ¿Que qué es esto? No lo sé... Es decir, sí lo sé.

JENA. ¡Un niño!

LUIS. Ahora me hace usted dudar. ¿He dicho que sabía lo que era?... Y no lo sé. Usted ha dicho un niño, y puede ser una niña.

JENA. Bueno, pero, sea femenino o masculino... ¿Qué quiere decir esto, señor marqués?

LUIS. Sea masculino o femenino... ¡No sé lo que esto quiere decir, señor mayordomo! Diga usted a Vicente que suba.

JENA. ¿Aquí? ¿A la alcoba del señor?

LUIS. Sí, hombre, sí.

JENA. Me parece demasiada confianza para el chófer...

LUIS. Llámele, llámele.

JENA. Como ordene el señor. *(Llama por el teléfono.)* ¡Juan! ¡Juan! Dígale a Roberto...

LUIS. A Vicente.

JENA. Perdón, señor. Las órdenes deben ser dadas de este modo... Juan, dígale a Roberto que le diga a Braulio que le diga a Vicente que el señor marqués le concede el honor de recibirle en su dormitorio.

LUIS. *(Impacientándose.)* Tome usted, don Jenaro. *(Le coloca el crío en los brazos y coge el auricular. Don Jenaro, lleno de estupor, viene al centro de la escena.)* Juan, Juan, dile a Vicente que suba. *(Se queda contemplando al mayordomo, que tiene la cabeza vuelta por no ver a la criatura.)* ¿Por qué tiene usted vuelta la cabeza? ¿Es por no asustarle?

JENA. ¡Señor marqués!... Comprenda el natural azoramiento. ¡Esto en esta casa!

LUIS. ¿Es de usted?

JENA. ¿Qué?

LUIS. ¿Que si el niño es de usted?

JENA. ¡Qué canario va a ser mío! Y perdone la exclamación y el ave.

LUIS. ¿Pues de quién es este niño?

JENA. Eso... El señor marqués lo sabrá, que en sus brazos venía.

LUIS. ¿Y porque viniera en mis brazos iba a ser mío? En los suyos está ahora, puede ser de usted.

JENA. Ruego al señorito que no me gaste chuflas referentes a la paternidad de... esto. *(Llaman a la puerta.)*

LUIS. ¡Adelante! *(Entra Vicente, lleva uniforme de chófer.)*

VICEN. A la orden del señor.

LUIS. Ven aquí, Vicente. ¿De quién es esta criaturita?

VICEN. Con todos los respetos he de decirle al señor, como antes se lo he dicho, que lo ignoro. Yo juro al señorito, por San Cristóbal, patrón del automovilismo, que la primer noticia del hallazgo la tuve por el señor, cuando me ordenó que parara en la esquina de la Carrera y Cedaceros.

LUIS. El nene no se ha acostado solo en el asiento del auto.

VICEN. Es indudable.

LUIS. Veamos. *(Se coloca en el centro de la escena teniendo a la derecha a don Jenaro con el niño, y a la izquierda a Vicente. Mira al niño con fijeza y después al chófer, cotejando el parecido y haciendo el mismo juego varias veces.)* Este niño es tuyo.

VICEN. Yo soy abstemio.

LUIS. ¿Qué tonterías dices? Pero si tiene tu misma cara.

VICEN. *(Le observa y después dice.)* Yo no le encuentro el parecido. *(Mira a don Jenaro.)* En cambio al señor se le parece.

JENA. ¡Narices! Si usted es abstemio... ¡yo soy abstemísimo!

LUIS. Don Jenaro, llame usted a todos los que estén levantados.

JENA. Al momento. ¿Qué hago con esto? *(Por el crío.)*

LUIS. Cógelo, Vicente. *(Le coge Vicente y sale por el foro don Jenaro.)*

VICEN. Si el señor me autoriza, yo puedo darle mi parecer y lo que creo lógico que ha podido ocurrir.

LUIS. Dí, dí.

VICEN. Pidiendo perdón por la falta, he de confesar que mientras el señor estuvo cenando en el Palace, yo me quedé algo adormilado varias veces, y en algún momerto de éstos, bien ha podido alguien abrir la portezuela, mejor dicho, dejar por la ventanilla, que estaba abierta, la criatura ésta en el asiento.

LUIS. Muy verosímil, pero... ¿para qué hacerme este regalo?

VICEN. El señorito Eduardo...

LUIS. Calla. Ahora me haces caer en una cosa Eduardo, mi íntimo amigo. Esto es una broma de él o de los otros. Recuerdo que al entrar en el Palace, una mujer me pidió limosna con un chico en los brazos, y Eduardo me dijo: "Dale un duro, pues el chico que lleva acaso sea tuyo." Vicente, coge el coche y vete al Palace y entérate si está allí la mujer que le di la limosna y si tiene el niño...

VICEN. No es preciso que vaya, señor marqués; cuando subió el señor al auto estaba allí en la puerta con el niño en los brazos; la vi perfectamente. Puedo jurárselo al señor...

LUIS. Entonces... ¿Quién ha puesto allí el niño? *(Suenan unos golpes en la puerta del foro.)* ¿Quién?

JENA. *(Desde dentro.)* Un servidor y los otros servidores.

LUIS. Pase. *(Entran don Jenaro, a poco Roberto y Juan.)*

JENA. Levantados solamente están Juan y Roberto, pero si el señor lo desea ordenaré despertar a los demás.

LUIS. No, déjelos descansar; que pasen ésos.

JENA. *(Llamando desde la puerta.)* Roberto, Juan,

pueden pasar. *(A Roberto ya le conocemos Juan es el portero. Lleva un largo levitón de botones dorados y su aspecto es bonachón, un abuelo simpático.)*

ROBER. Con el permiso.

JUAN. Con su venia.

LUIS. ¿Ustedes saben de quién es este niño?

ROBER. De un servidor... no.

JUAN. Y de un servidor... tampoco.

LUIS. Roberto, ¿cuántos hijos tiene usted?

ROBER. Yo, señor... soy soltero.

LUIS. Esa no es una razón.

ROBER. Sí, claro, pero...

LUIS. ¿No tiene usted hijos?

ROBER. No, señor.

LUIS. ¿Y usted, Juan?

JUAN. Yo, señor, soy soltero también.

LUIS. ¿Cuántas mujeres hay en la casa?

JENA. ¿Aquí? ¡Ninguna, señor! En el palacio todos somos servidores masculinos. El cocinero y sus dos ayudantes, Paco y Pepe, para el comedor; Roberto, ayuda del señor; Vicente, el chófer; el chico lavacoches, Juan, y mi modesta persona.

LUIS. ¡Todos hombres, todos hombres! Vicente, coge el coche y te vas a casa del doctor, de don Ramón, y esperas en la puerta. Coja usted el niño, don Jenaro.

VICEN. Tome.

JENA. Traiga. *(Sale el chófer por el foro.)*

LUIS. Don Jenaro, telefonee inmediatamente diciendo a don Ramón que tiene mi coche a la puerta, que venga lo más pronto posible. Anticípele que no estoy malo, no vaya a alarmarse, pero que no deje de venir, pues me urge hablarle. Seguramente no se habrá acostado todavía, pues me dijo que iba a ir al teatro. Ande, coja al niño, Juan.

JENA. Tome.

JUAN. Traiga. *(Don Jenaro va al teléfono después de*

dejar el nene en los brazos de Juan. Se oyen repetidos toques de klaxon. Don Jenaro simula hablar por el teléfono.)

LUIS. ¿Qué le ocurrirá a Vicente?

JUAN. Señor, me debe llamar a mí para abrirle la verja y cerrar después.

LUIS. Bueno, baje usted. Coja el chico, Roberto.

JUAN. Tome.

ROBER. Traiga. *(Sale Juan por el foro. Saca Luis la petaca y de ella un cigarro.)*

LUIS. Deme usted una cerilla.

ROBER. Si tiene el señor la amabilidad de buscarme la caja, en los bolsillos debo llevar una, con el permiso. *(Le vuelve la espalda y se inclina algo hacia adelante. Luis saca la caja de donde le indica el criado y enciende, volviendo a dejarla en el bolsillo. Después de encender, vuelve el criado a ponerse de frente.)* Con permiso. *(Luis pasea, y después de una pausa le dice a Roberto.)*

LUIS. Tráigame un poco de coñac y una soda.

ROBER. *(Después de un momento.)* ¿Me llevo al niño?

LUIS. No; tráigale.

ROBER. Tómele. *(Luis se sienta y contempla con cariño a la criaturita, mientras Roberto hace mutis por el foro.)*

LUIS. ¡Qué tranquilo es! ¡Cómo duerme! ¡Es monísima la criatura! *(Mirándole muy fijamente.)*

JENA. Señor, cumplido está el encargo. El señor doctor no ha llegado a la casa. Advertí que, en cuanto llegara, en el coche que tenía en la puerta viniese, que el señor marqués le necesitaba.

LUIS. Está bien. Ahora va usted a telefonear al señorito Eduardo.

JENA. ¿Adónde desea el señor que pida la comunicación?

LUIS. ¿Dónde estará a estas horas? Llame usted a la comisaría. *(Mira el reloj.)* No, no. Es pronto todavía. A Eduardo le suelen detener sobre

las cinco o las seis de la mañana. Pida con Maipú.

JENA. Juan, 14266. ¿Maipú? *(Pausa.)* Oigame; diga a don Eduardo de la Vega, de parte del señor marqués de Sierra Alba, que se ponga al aparato... Bien, espero. Me ha dicho que espere. *(Luis contempla al nene que tiene en los brazos.)* Señor, don Eduardo de la Vega está al aparato. *(Entra Roberto y deja en la mesa el servicio de soda y coñac.)*

LUIS. *(Dándole el niño y molesto de recibirle.)* Tome, don Jenaro... Oye, Eduardo... Si soy yo. ¿Qué bromita es la que me habéis gastado?... *(Comienza el niño a berrear con grandes deseos y con no menos pulmones.)* ¡Que se calle ese niño, don Jenaro, que no oigo una palabra!

JENA. ¿Que se calle? ¡Y cómo!

LUIS. Paséele usted.

JENA. ¿Que le pasee?

LUIS. Habla más alto, que no te oigo. Cúnelo usted, a ver si se calla.

JENA. ¿Que le cune? *(Se pasea, columpiando al niño.)* ¡Bueno!

LUIS. Sí, no te hagas de nuevas. Es una bromita de muy mal género, pues si en vez de sentarme a la izquierda, me siento a la derecha, lo aplasto... ¿Que a quién iba a aplastar?... Bueno, bueno; ya está bien. Mandar por el crío, que está llorando y se conoce que echa algo de menos... ¿Que no sabes de lo que te hablo?... Pero ¿de veras que no es una broma vuestra?... Me jura por Domecq que no sabe nada. y cuando éste jura por Domecq, ha y que creerle... Bueno, ven y te lo explicaré. Adiós. No sabe nada. Y ¿qué hacemos, don Jenaro?

JENA. Yo opino que el señor debe pensar mucho lo que determine. Yo, con todos los respetos al señor y a la criatura, creo de un gran compromiso y de una gran responsabilidad el hacerse cargo de ésto. Los hijos..., con los padres.

LUIS. Conformes. ¿Y dónde están sus padres? ¿Usted lo sabe?

JENA. ¿Yo? ¡No!

LUIS. Bueno, concrete usted. ¿Qué le parece que se debe hacer con este niño?

JENA. Aquí tenemos dos dilemas, o séase dos disyuntivas contrarias entre sí. Quedarse con él, o no quedarse con él. El quedarse con él encierra, en sí, serios peligros y múltiples responsabilidades. ¿No podría ser que unos desaprensivos, conociendo su bondad, hayan depositado este ser inocente en el señor con la pretensión y la bajeza de explotarle en alguna forma?

LUIS. Si esto fuera cierto... Como comprenderá, al instante quedaría descubierto y el plan formado vendría al suelo. Además, yo mañana, según lo que decida con don Ramón, presentaré el caso en el Juzgado... *(Mirándole con gran cariño y cogiéndole en sus brazos.)* ¡No tienes cara de venir de mala procedencia!

JENA. ¡Parece de muy buena familia!

LUIS. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Tiene un bulto en la parte de detrás del faldón?

JENA. ¡Será un grano!

LUIS. ¿Qué es esto? *(Saca un biberón, con un papel pegado en la botella. Lee lo que pone.)* "Le toca a las tres." ¿Qué hora es? Mire usted mi reloj. *(Don Jenaro le saca el reloj del bolsillo a Luis.)*

JENA. Las tres y cuarto.

LUIS. Toma, por eso lloraba el angelito. *(Le pone el biberón.)*

JENA. No se lo dé dormido.

LUIS. ¿Dormido? Mire usted cómo chupa. *(Pausa.)*

JENA. ¡Ajo, ajo, ajooo!

LUIS. Debe de tener mucho calor esta criaturita. Por el faldón se nota que está sudando.

JENA. ¡Cuando estaba en mis brazos rompió a sudar! *(Da a entender que el nene hizo una necesidad fisiológica.)*

LUIS. Don Jenaro, lleve al niño al cuarto de baño y cámbiele el faldón por una toalla.

JENA. ¡Qué! ¡Que yo le cambie el faldón!...

LUIS. Yo no sé hacerlo.

JENA. Es que yo tampoco lo sé.

LUIS. Con la edad que tiene, ya podía saberlo.

JENA. Bueno, bueno. Probaré. *(Mutis, refunfuñando. Suena una bocina de auto y a poco el teléfono privado, al que va Luis.)*

LUIS. Bien; que suba. *(Se dirige a la puerta del foro y la abre. A poco aparece Eduardo, que, a simple vista, se le nota que es incondicional amigo del alcohol. Viste también de frac, y viene a cuerpo y sin sombrero. Sin gran exageración demostrará que no está en sus cabales.)*

EDUAR. ¡Hola!

LUIS. Pasa.

EDUAR. Estando tú suelto, me da un poco de pánico el pasar. ¿Se puede saber qué sarta de idioteces me has comunicado por el teléfono? Me has hecho troncharme. ¿Qué te pasa? Con permiso. *(Bebe de la copa que está en la mesa.)*

LUIS. Dentro de mi coche alguien ha dejado un niño de pecho. *(Eduardo se troncha de risa.)*

EDUAR. ¡Ja, ja, ja!

LUIS. ¿Quieres dejar de reírte, imbécil?

EDUAR. ¿Un niño de pecho? ¡Será un muñeco! Ahora los hacen que son talmente carne. Mueven los ojos, sacan la lengua, dicen papá y mamá, que ya es una habilidad, pues los de verdad, de pecho, no dicen nada. Yo le regalé uno a Pepita, la neurasténica, que era el "non plus" de los peques lactantes.

LUIS. Pero es que éste... suda y todo. Te hablo en serio. Dentro de mi coche había un niño. *(Eduardo se tira de risa otra vez.)* ¡No te rías, hombre, que esto es muy serio! Es decir, es serio, si no se trata de una broma vuestra.

EDUAR. ¿Nuestra? ¡Alto ahí! Esta noche no te hemos gastado nada más que el dinero. Bromas, ninguna, palabra.

LUIS. Verás lo que ha pasado. Salí del Palace cuando me despedí de vosotros, y tomé el coche, sentándome en la parte izquierda de éste. No hizo más que arrancar Vicente, y al apoyar la mano en el almohadón de la derecha noté que éste se movía, y me llevé el susto consiguiente, creí que era una rata o un gato. Levanto el cojín y veo, con la natural sorpresa, una criaturita de mantillas. Frente a Cedaceros le avisé a Vicente comunicándole el hallazgo; nada sabía; le ordené que me trajera a casa, y esto es todo.

EDUAR. Chico, yo creo que estás más borracho que yo. ¿Pero esto es en serio?

JENA. *(Apareciendo con el niño. Trae puesta una toalla desde la cintura.)* Con permiso de los señores.

LUIS. Aquí tienes la broma.

JENA. ¡No es mala broma! Puede creerme el señor marqués, que cuando entré en el cuarto de baño a cambiar el faldón sudado por la toalla seca, me miré al espejo y me pegué dos bofetadas para cerciorarme de que no dormía.

LUIS. Aquí tienes al niño.

JENA. Perdón. ¡Es señorita!

LUIS. ¿Niña?

JENA. ¡Del todo!

EDUAR. ¿De modo que es verdad? Pero si yo estaba creído que el que me quería dar la broma eras tú.

LUIS. Para bromitas estoy yo.

JENA. ¡Para bromitas estamos!

EDUAR. Luis, ¡esto es una canallada que has hecho! ¡Eres un granuja! ¡Tienes abandonado a un hijo!

JENA. A una hija.

LUIS. ¿Qué dice usted?

JENA. ¡Perdón! Quise sólo rectificar el sexo.

EDUAR. ¡Hay que ver! ¡Tan modosito, tan buen corazoncito, tan humildito! ¡Y lo que nos tenía reservado este canallita!

LUIS. Pero ¿qué estás hablando, mala bestia?

EDUAR. Y... ¿quién es ella?

LUIS. Mira, Eduardo; estoy en un estado que lo mismo me da ir a la cárcel; así es, que mide tus palabras.

JENA. ¿Me permiten los señores que yo aclare algo este asunto?

LUIS. Pero usted sabe...

EDUAR. ¿Es de usted la niña?

JENA. ¡Un cuerno! Y perdonen lo puntiagudo de la expresión. Digo que voy a aclarar, porque la señorita Consuelo me ha hecho comprender algo.

LUIS. ¿Quién es la señorita Consuelo?

JENA. *(Indicando a la niña.)* La señorita.

EDUAR. ¿Y ella se lo ha contado a usted? Aféitese!

JENA. Es gracioso el dicho del señor. ¡Je, je! No me río con fuerza, no se me vaya a caer al suelo la criatura. ¡Ja, ja!

LUIS. ¡Bueno, explíquese usted!

JENA. Al momento. Cuando fuí a quitarle la parte baja del vestido y a cambiarla por la que ahora lleva, vi en el faldón escrito ese nombre: "Consuelito"... *(El oír este nombre le produce un mal efecto a Luis, que pasa desapercibido para los demás.)* Y, como puede observar el señor marqués, por la parte alta del pechito de la señorita asoma una carta. *(Luis saca la carta con gran cuidado.)*

LUIS. "Al señor marqués de Sierra Alba." "Señor marqués. Bondadoso señor. A su noble corazón acudo, en la seguridad de que no ha de desamparar a una pobre mujer que ha tenido la desgracia de ser madre, recogiendo ese fruto del pecado. Suerte he tenido al poder ocultar a mis pobres viejecitos mi deshonra. Y acaso, esto que hago, que pueda parecer a usted una cobardía, es sólo por evitar un mal mayor, que podría traer consigo la muerte de mis padres. Existe una palabra que me aterra: "Inclusa". Usted es solo, rico; no ha de costarle gran

trabajo el amparar a esa criaturita, que bastante desgracia tiene con no poder estar en los brazos de su pobre y desgraciada madre, y bastante castigo yo tendré con no poder tenerla entre mis brazos. Dentro de tu desgracia tuviste una gran suerte, ¡hijita mía! "Consuelo" es el nombre de la nena." *(Al acabar la lectura se notan las lágrimas en los ojos de los tres personajes.)* ¿Qué te parece?

EDUAR. ¡Bonita película!

LUIS. ¿Película?

EDUAR. Por lo menos el prólogo de ella. Ahora, es casi seguro que dentro de unos días se presente la madre, como si fuera una doncella, para cuidar del crío.

JENA. De la cría.

LUIS. De la nena, deben decir mejor.

EDUAR. Bueno, la madre de la nena; que será guapa, que te interesará ver con el cariño y la solicitud con que trata a la pequeña, que te enamorarás de ella, y que como eres solo y no tienes que dar cuentas a nadie, que te casarás con ella, que iremos a la boda, que cogeremos el tablón y que... ¡Vivan los novios!... Luz en la sala, la gente deja vacío el cine y... ¡Bravo!

LUIS. ¡Idiota!

EDUAR. Llámame como quieras, pero es perfectamente verosímil que ocurra lo que he expuesto. A mí, el escuchar la carta me ha hecho el efecto del amoníaco; se me ha quitao la borrachera. En cambio se me ha puesto un dolor de cabeza...

LUIS. ¿Quién será la madre?

EDUAR. ¡Malo! ¡Malo! ¿Lo ves? Ya empieza a preocuparte quién será la madre.

LUIS. ¡Vete a paseo!

EDUAR. No, a paseo no, al Maipú, sí me voy; pues con estos disgustos... El dolor este de cabeza me lo voy a quitar con unos sellos de Domecq en copa grande. ¿Me necesitas para algo?

LUIS. No, puedes marcharte. Un favor sí tengo que pedirte.

EDUAR. El que quieras, siempre que no sea que me quede de ama, para eso, no creo que te sirva. Dime.

LUIS. De esto que ha pasado... yo te suplico, que ni en la reunión ni en parte alguna des conocimiento. Espero que por mucho que bebas... no cometerás alguna indiscreción.

EDUAR. Descuida. Cuando la agarro, ya sabes que sólo me da por pedir dinero y por pegar serenos. Si no pego a un sereno, no me sienta el vino. Claro que luego se ceban en mí y me ponen a caldo. Bueno, Luis, sabes que puedes contar incondicionalmente conmigo para todo. Ahora, en serio. Yo soy un buen amigo tuyo. Casi un hermano, y... Hoy por ti y mañana por mí.

LUIS. Gracias, Eduardo. *(Le abraza.)*

EDUAR. ¿Me permites que le dé un beso?

LUIS. Ten cuidado, no la hagas daño con la barba.

EDUAR. *(Después de besarla.)* Es muy salada. Y la encuentro parecido contigo. *(La tiene cogida por los bracitos.)*

LUIS. ¡Haz el favor! ¿Eh?

EDUAR. ¡Lástima que seas hembra! ¡Las que hubiéramos corrido el día de mañana si fueras hombre! Tome usted, ¡ama!

JENA. *(Indignado.)* ¡Mayordomo!

LUIS. Traiga usted. Acompañe al señorito. Adiós, Eduardo. *(Coge la nena.)*

EDUAR. Adiós, Luis. ¿Y mi sombrero?

LUIS. Me parece que no le has traído.

EDUAR. Se lo dejé al del taxi en la cabeza. *(Mutis. Se oye el klaxon. Luis asomándose a la puerta.)*

LUIS. Ahí está don Ramón. Acompáñele, don Jenaro, cuando deje al señorito. *(Deja en la cama a Consuelito y va al ventanal. Una pausa en la que vuelve del ventanal a la cama y después a la puerta con gran nerviosidad. Llega don Ramón, seguido de don Jenaro. Este señor, de bondadoso aspecto, es el médico del palacio; vió nacer a Luis.)* Perdóneme usted, don Ra-

món, que le haya hecho venir a estas horas, pero ha sido una imprevisión, la misma nerviosidad que tengo me hizo cometer esa tontería, sin pensar que pude ir yo a su casa.

RAM. No te preocupes, no tiene importancia. Trastorno no me lo has causado, porque he llegado a casa hace un instante. Se le ha ocurrido a una paciente aumentar la familia. ¿Y qué te ocurre a ti para que me hayas avisado a tales horas y no estando enfermo, afortunadamente?

LUIS. Mire usted lo que hay en esa cama.

RAM. ¿En la cama?

LUIS. Mire usted, mire usted.

RAM. *(Se acerca y ve a Consuelito.)* ¿Eh? ¡Una criatura!

LUIS. Una nena, sí, señor.

RAM. Y... ¿cómo tienes estas cosas tú, hijo?

LUIS. ¡No lo sé! Cosas de la vida.

RAM. Pero... ¿es tuya?

LUIS. ¡No, señor; pero como si lo fuera! Y para eso le he mandado llamar. Usted que fué siempre mi paño de lágrimas, mi consejero. La única persona en la que yo he podido poner el cariño, a usted acudo para que me aconseje. Verá usted la explicación de todo. Debajo de un almohadón de mi coche, alguien dejó esta nena. Lea usted esta carta y después me dará su parecer. *(Le da la carta, que lee don Ramón para sí, y mientras, Luis va a la cama y con paternal cariño da un beso a la nena.)*

RAM. ¿Tú no tienes conocimiento, ni supones quiénes puedan ser los padres de la criaturita? *(Le entrega la carta.)*

LUIS. Ni el menor indicio. Sólo lo que dice la carta, que nada aclara de esto.

RAM. Todo esto escrito, Luis, una madre te pide que ampares a su hija y debes ampararla. Al hacer esto no causas mal a nadie. Eres solo, eres rico... Puedes hacer un bien a una mujer, a una madre y a esta criaturita, que ninguna culpa ella ha tenido con venir a este mundo y con

que la vida la haya puesto en tus brazos. ¿Qué piensas hacer tú? ¿Qué dices?

LUIS. ¿Yo? ¿Que qué digo? Que me quedo con ella. Usted me indicará lo que hay que hacer. Esta nena se cría con biberón.

RAM. ¿Cómo lo sabes?

LUIS. *(Enseñando el biberón que está sobre la mesa.)* Porque traía esto en un bolsillo.

RAM. No podrás quejarte. Te la han dado con repuesto. Ahora la dejaremos descansar y mañana yo vendré y la reconoceremos detenidamente. Esta noche ten preparado otro biberón. ¿A qué hora ha tomado el que traía?

LUIS. A las tres indicaba la etiqueta esa que lleva el frasco, pero se lo dimos algo retrasado.

RAM. Pues a las dos horas o acaso dos y media, si es que ha tenido régimen en el alimento... ella lo pedirá. Si es que duerme, que seguro que se despertará sobre las dos horas, no la molestes y déjala dormir. Ya decidiremos mañana lo que hacemos con ella.

LUIS. Voy a avisar a don Jenaro para que prepare la leche por si acaso. *(Va a la puerta.)* ¡Don Jenaro! *(Pequeña pausa y aparece éste en la puerta.)* Dé orden de que se acuesten todos y Vicente también, después que deje en casa a don Ramón. Y usted tenga la bondad de llenar este biberón de leche.

RAM. Hervida, ¿eh?

JENA. ¿Que llene yo de leche hervida el biberón?

LUIS. Sí, hombre, sí. Eso no tiene importancia. Mientras venga una mujer, un ama o lo que sea, tenemos que hacer nosotros las veces.

JENA. Y... ¿y tardará mucho en venir el ama, o la doncella, o lo que sea?

LUIS. Eso ya lo veremos. Ande, prepare en la cocina el biberón.

JENA. Voy, voy. ¡Con mis años y con estas patillas y tener que preparar un biberón!

LUIS. *(Riéndose.)* ¡Tengo loco a don Jenaro! La lle-

gada de la nena a esta casa le cuesta una enfermedad.

RAM. Y milagro será que no te cueste a ti.

LUIS. ¿A mí? ¿Por qué?

RAM. Sólo has estado siempre. Pequeñito te quedaste sin padres, muy falto de cariño, no sufriste por nada ni por nadie. Una hermana te queda y desapareció de tu lado... ¡Consuelo, desgraciada!

LUIS. *(Sobresaltado.)* ¡Consuelo!... ¡Consuelo!... Consuelito... *(Vuelve rápidamente a la cama y clava los ojos en la nena.)*

RAM. *(Atrayéndole hacia sí con gran cariño.)* ¿Qué piensas?

LUIS. ¡No, no! Tengo que desechar esa idea. ¡No puede ser, no es! Dígame usted que esto no puede ser; si así fuera, esta carta no vendría en estos términos... *(Vuelve con avidez a leer la carta.)* "Suerte he tenido al poder ocultar a mis pobres viejecitos mi deshonra..." A sus padres; nosotros no...

RAM. ¿Qué te ocurre, Luis? ¿Qué piensas?

LUIS. ¡Nada! ¡Nada! ¡Un absurdo, una locura, no puede ser! Coincidencia de nombre. Pura casualidad. ¿Dice usted que mañana vendrá por la mañana, verdad? Usted como más acostumbrado nos indicará a quién hay que traer para que esté al cuidado de la nena.

RAM. Mañana quedará todo arreglado, y tú serénate. Estás nervioso, sabresaltado, te conviene descansar y me parece que esta noche el conseguirlo te ha de ser difícil. ¿Dónde vas a dejar a la nenita?

LUIS. Aquí se quedará.

RAM. ¿Quieres que por lo menos esta noche me la lleve yo a casa? Allí hay una mujer.

LUIS. No, don Ramón; de ningún modo.

RAM. Como quieras.

JENA. *(Desde dentro.)* ¿Permite el señor?

LUIS. Adelante.

RAM. *(Aparte a Luis.)* Verás qué cara pone don Je-

naro. Me parece lo más acertado para que puedas descansar. Oye, Jenaro, coge la nena y llévala a tu cama.

JENA. ¿A mi cama? Pero... ¿han decidido los señores que la señorita duerma conmigo? (¡Bueno!) Encantado en cumplir el mandato del señor. *(Va hacia la cama y Luis le detiene.)*

LUIS. Ande, ande, acompañe al señor y acuéstese después, que no le necesito.

JENA. Pero ¿me llevo a la señorita o no me la llevo?

LUIS. La nena queda aquí. Fué una broma que quiso gastarle don Ramón.

JENA. (¡Era muy graciosa la bromita!)

RAM. ¿Deseas algo más?

LUIS. Nada ya, don Ramón; muchas gracias y perdone la molestia.

RAM. No faltaría más. Que descanses... si puedes. Hasta mañana.

LUIS. Adiós. *(Salen los dos y Luis cierra la puerta, va a la cama, mete dentro de ésta a la nena, cubriéndola con el embozo. La besa, corre las cortinas del ventanal. Se dirige de puntillas al armario o mesa, de donde saca un gran retrato. Lo mira detenidamente. Vuelve a la cama mira a la nena y al retrato como queriendo encontrar afinidad en las dos caras.)* ¡Consuelo!... ¡Consuelito! El mismo nombre, pero en las caras no existe el parecido. ¿Qué enigma? ¿Qué misterio hay en ti, criaturita? Tiene razón la carta. Dentro de tu desgracia tuviste una gran suerte con caer en mis manos. *(Deja el retrato, se pone la bata, apaga la luz central, quedando solamente el portátil luciendo. Se pone de rodillas en la "chaise-longue", apoyado en la cama y mirando a la nena, abstraído, dice:)* ¡Duerme tranquila, pequeñita inocente! Que el ángel de tu sueño lleve tranquilidad, a la que acaso piense en este instante... "¿Qué será de mi hijita?..." *(Coge un libro, se sienta junto a la cabecera, en una butaca, se*

pone a leer y después de unos segundos de lectura dice:) ¿Quién será la madre?

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una habitación del palacio, con una puerta en el foro derecha, que es la de la entrada exterior. En el segundo término izquierda, una corta escalera que da acceso a las habitaciones de Luis, y dos puertas en el lateral derecha. Muebles elegantes.

(Al levantarse el telón, don Jenaro está sentado ante una mesa y distribuye los salarios de los servidores. Anita, de pie frente a él, espera órdenes. Anita está ataviada con un traje doncellil, lo más elegante y coquetón posible.)

JENA. Tome usted los haberes del personal femenino, y los distribuye en la forma acostumbrada. Ahí van: ciento veinticinco pesetas para la cocinera. Cuarenta para la pincha. Juanita cobra cincuenta al mes, mas como lleva en la casa tan sólo veinte días, no la corresponde el sueldo entero; pero adviértala que se le da completa su paga. Es orden del señor.

ANITA. Muchas gracias, en su nombre.

JENA. Las gracias se las tenemos que dar a usted, por estar en la casa, y que nuestros pecadores ojos puedan verla. El resto son doscientas pesetas para usted y doscientas que le dará usted al ama. ¡Doscientas pesetas por tener una nena en los brazos, por acercarle el biberón a los labios y por mortificarnos y fastidiarnos a todos los de la casa!

ANITA. La tiene usted tomada con el ama.

JENA. ¡No en mis días! El ama es quien la tiene tomada con todos. ¡Es insoportable! Si no estu-

viera recomendada por el señor doctor, la iba a aguantar...

ANITA. Parece increíble que usted, que es todo bondad *(Cada elogio que oye, le hace sonreír.)*, todo corazón, tan cariñoso para la servidumbre, tan caritativo cuando ve una pena en los demás, tan caballero cuando tiene que serlo, tan respetuoso; encubridor de las faltas que con tanta frecuencia solemos cometer en el servicio...

JENA. ¡Por Dios, señorita, que me atonta! Me achara usted. Hace que el rubor cubra mi rostro. Son inmerecidos todos esos elogios. Yo no hago más que conservar mi puesto y no pasar una, y, en este caso, esa una es el alma, porque el alma no pasa, ni empujándola. ¡Me dice cada cosa!...

ANITA. En eso no es usted justo. Usted también le dice algunas a ella...

JENA. ¡Me hace cada pregunta!...

ANITA. ¡Y usted le da cada respuesta! ¡Mire usted que lo del hielo!...

JENA. ¿Lo del hielo? ¿Qué fué lo del hielo?

ANITA. Cuando le preguntó a usted cómo se hacía el hielo, cómo se fabricaba.

JENA. ¡Ah, sí! Que yo le respondí que el hielo se hacía con algodón en rama y abanicos. Una cuchufleta impropia de mí. Pero usted no sabe, señorita, cuando yo doy una respuesta de éstas, ¡cómo estoy por dentro! ¡El luto es rojo si se le compara a como tengo yo el interior!

ANITA. La mayoría de las amas son así. El ama...

JENA. ¡No me nombre usted más el ama, señorita! ¡El ama es una vaca!

ANITA. ¡Don Jenaro! ¡Es demasiado fuerte!

JENA. Mirado desde el punto de vista de la alimentación, las amas son vacas. Pero ésta es vaca, se la mire por donde se la mire. Es vaca, es mula, y hasta de elefanta tiene. Es el ama de la niña, es el ama del señor, es el ama de la casa, ¡es el ama mía! ¡Y yo soy ya mayorcito

para tener ama! Por el temor de que pueda disgustarse y se marche, el señor le da tal beligerancia, que ya lo ve usted, nos trae de cabeza. ¿Y el diente que tiene?

ANITA. Sí, come bastante.

JENA. ¿A eso le llama usted comer? Eso es devorar. Para ella las tortillas, si no tienen cuatro huevos, no son tortillas. A los pollos les llama pajaritos. A las pescadillas, boquerones jugando al corro. El ponerla a comer aparte ha sido la forma de que no ayunemos los demás.

ANITA. Yo no estoy de acuerdo con usted; es buena, es fiel y, sobre todo, está criando a Consuelito que es una gloria.

JENA. Sí, de acuerdo estoy; pero un manco la criaría igual, pues lo que hace es darle el biberón solamente.

ANITA. Y de guapa... Eso ¿no tendrá usted que decir nada?

JENA. Eso sí. ¡Es guapa! Es guapa. De bruta se lleva el primer premio y los dos accésits, pero de guapa... no hay que ponerle pero. Lo es. Muy guapa. ¡Claro que belleza campesina; pero belleza al fin! *(Aparece Juanita, por la escalera. Otra doncellita muy mona y ataviada con uniforme también, pero más sencillo que el de su compañera Anita. Como corresponde a más inferior categoría. Trae en las manos una escoba y un cogedor.)*

ANITA. ¿Adónde va usted con eso a estas horas?

JUANI. Ahora voy a dejarlo en la cocina, y vengo del salón. Se le ha ocurrido al Kaiser hacer una gracia en el salón. Perros no debería haber existido más que el de San Marcos. Y eso porque le vemos en los cuadros.

JENA. Oye, niña. San Marcos no tenía perro; tenía un buey.

ANITA. Sí; el del perro es San Roque.

JUANI. ¡Ay, sí es verdad! San Roque. Si ya lo dice el cantar;

"El perro de San Roque
no tiene cola,
porque Ramón Rodríguez
se la ha cortado."

JENA. Hija, no das una. Tampoco dice eso el cantar. El cantar dice:

"El perro de San Roque
no tiene rabo,
porque Ramón Rodríguez
se lo ha cortado."

JUANI. Claro está. Yo decía, en vez de rabo, cola.

JENA. Y, en este caso, no es extraño que con la cola no pegase.

JUANI. ¡Qué gracioso es el señor! ¿Ha visto usted, señorita, qué gracioso es?

JENA. Sí, soy muy entretenido. Ande, puede marcharse ya.

JUANI. Al momento.

ANITA. Tome, Juanita; su salario del mes. El señor le da la paga entera, aunque faltan unos días para cumplir su mensualidad.

JUANI. El señor es muy bueno, y el señor mayordomo también, y la señorita primera doncella, y el ama...

JENA. ¡El ama no! *(Sobresaltado.)*

JUANI. Sí, señor, sí; hasta el ama.

JENA. *(A Anita.)* Le voy a tener que quitar los días de gratificación.

JUANI. Después de este rasgo del señor, hasta el perro me es ya simpático. No deje de dar las gracias en mi nombre al señorito... ¡Ay, qué encanto de casa! *(Mutis por la segunda derecha.)*

ANITA. ¡Con qué poco se hace bien!

JENA. Es muy simpática la pitusilla ésta; pero tiene un defecto.

ANITA. ¿Cuál?

JENA. ¡Que siente simpatía por el ama! *(Aparece*

Luis, por la escalera, a tiempo de oír las palabras de don Jenaro.)

LUIS. ¿Ya está usted hablando mal del ama, don Jenaro? Buenos días, Anita.

ANITA. Buenos los tenga el señor. ¿Ha descansado bien el señor?

LUIS. Perfectamente. ¿Qué le ocurría a usted con el ama? ¿Qué decía usted?

JENA. Refería hechos solamente. Narraba, no mentía.

LUIS. Pues ándese con cuidado, que todo ese odio que le ha tomado usted al ama podría convertirse en cariño.

JENA. Ruego al señor que no me gaste bromitas de ese género.

ANITA. Con permiso del señor...

LUIS. No, no se marche usted, Anita; necesito hacerle unas preguntas. *(Mirando a don Jenaro, que imita a un poste.)* Don Jenaro; usted, si gusta, puede retirarse; yo no le necesito.

JENA. Si los años que tengo y la experiencia no me engañan, me parece que las palabras del señor quieren indicarme que me vaya, que estorbo.

LUIS. Estorbar, no. Solamente que, si se quiere ir, puede hacerlo. Voy a hablar con Anita del ama...

JENA. ¡Con permiso! *(Hace mutis rápido por el foro.)*

LUIS. Nombrarle el ama es echarle, como habrá usted podido comprender.

ANITA. Yo aseguro al señor que es injustificado el odio que le tiene, es buena muchacha.

LUIS. Y él es un bendito. Lo que tiene es que acostumbrado siempre a mandar y todos a obedecerle, en cuanto le han llevado en algo la contraria, vino la enemistad, y... le voy a ser franco. No lo evito, porque me hace gracia ver cómo se desespera don Jenaro. Además, que ella, hasta el momento, nada de cuanto ha hecho o dicho, ha tenido importancia. Es un cascarrabias. ¿Tiene usted que hacer?

ANITA. Poco será, como siempre. Preparar la nena para que se la lleven de paseo; entregar los salarios a la servidumbre, que, por cierto, Juanita agradece al señor los días que le paga de más.

LUIS. No tiene importancia.

ANITA. ¡Ya lo creo que la tiene! ¡Si viera el señor lo contenta que se ha puesto!

LUIS. Y usted, ¿está contenta?

ANITA. ¡Contentísima! Muy educado el señor y muy cariñoso. Poco trabajo y buen sueldo. Si le parece al señor que es para no estarlo...

LUIS. Y en todas las casas que ha servido, ¿estuvo tan contenta como en ésta?

ANITA. En unas, sí, y en otras, no.

LUIS. ¿Sabe usted en lo que estoy pensando?

ANITA. Si el señor no me lo dice...

LUIS. En que no sé por qué está usted en esta casa. ¿Usted lo sabe?

ANITA. Yo, sí.

LUIS. ¿Por qué?

ANITA. Porque me fueron a buscar.

LUIS. Sí, eso es verdad. Don Ramón tenía el encargo, y... claro es, lleva usted mucha razón. Está usted aquí porque la fueron a buscar, y... es natural, fueron por usted, la trajeron aquí, y aquí está, muy lógico, pero... yo no quise dar esa interpretación a mis palabras... mejor dicho... yo deseo, si es que puede ser, que usted me diga... *(Aparece rápido en la puerta del foro Eduardo, que le corta la pregunta a Luis.)*

EDUAR. ¿Estorbo?

LUIS. ¡Sí!

EDUAR. ¡Pues lo siento! Porque tengo que hablarte con urgencia. Buenos días, Anita.

ANITA. Con permiso del señor, voy a entregar a la servidumbre los salarios. *(Mutis por la segunda derecha.)*

EDUAR. ¡Coloquio teníamos! *(Sonriendo.)*

LUIS. Eres lo más inoportuno que darse puede.

EDUAR. ¿Estás malo?

LUIS. Yo, no. ¿Por qué?

EDUAR. ¡Como me llamas inoportuno nada más!...

LUIS. ¡Imbécil, idiota, animal!

EDUAR. Gracias, gracias. Me estás dando una gran alegría, porque veo que estás bueno. Me llamas por mi nombre... ¡Servidor! Y de apellido, bestia, burro, cerdo... ¡Servidor!

LUIS. Bueno, ¿a qué vienes?

EDUAR. Ante todo, perdona si interrumpí la escena de antes, pero no tuve más remedio. Tú tienes la culpa, por tratarme con el cariño que me tratas. Entro aquí como en mi propia casa.

LUIS. ¿Yo tengo la culpa de que tú seas un grosero?

EDUAR. Espera. "Grosero"... Estoy en la duda, no sé si grosero es por parte de padre o de madre. Espérate que piense...

LUIS. No digas más sandeces, y dime de una vez a qué venías.

EDUAR. Casi a despedirme.

LUIS. ¿Por qué?

EDUAR. Porque me voy.

LUIS. Si digo que por qué no te has ido ya.

EDUAR. Muy gracioso. *(Le aplaude.)* ¡Que te tuesten un canguro del Retiro! He tenido una carta del albacea testamentario, diciéndome que, sin falta, el día cuatro tengo que llegarme a Barcelona para tomar posesión de la herencia. ¡A propósito! Le he sacado a un "matatías" cinco mil pesetas. ¡Soy el tío más gitano que da a luz madre! Claro, que el tío usurero, y ya va bien servido, se ha informado por su cuenta de que era verdad lo de la herencia, y aflojó la pasta. Pero, luego, para cobrar, se va a ver oscurillo, si no negro. ¡Hasta que no le dé el sarampión no le pago!

LUIS. ¿Y para contarme estas idioteces, que en nada me interesan, vienes a molestarme?

EDUAR. ¡Hombre, Luis! Vengo a comunicarte mi alegría, vengo a despedirme... Ten en cuenta que casi soy tu hermano.

LUIS. Si fueras mi hermano te daba una patada...

EDUAR. Por el parentesco no le dejes. ¡Elige sitio! *(Se vuelve de espaldas.)* ¡Oye, no des muy fuerte!

LUIS. Anda, estúpido, anda.

EDUAR. ¡Ay, Luisillo de mi vida, cuánto te quiero! ¡Ya voy a ser rico! ¡Ya no necesitaré pedir dinero a nadie!

LUIS. ¡Ya pagarás tus deudas!

EDUAR. Pero... ¿por quién me tomas? No pagaré a nadie. En cuanto me den la pasta saldré de allí, y a mi Madrid querido de mi vida y de mis ilusiones. ¡A mi loco Madrid!

RAMO. *(Entrando por el foro.)* Pero... ¿qué le pasa a este loco?

EDUAR. ¡Mi querido doctor! ¿Qué me ha de pasar? Eso que ha dicho usted. ¡Que estoy loco! Pero de felicidad, de loca alegría.

LUIS. Que ha heredado.

RAMO. Todos los males vengan por ahí. ¿Herencia de familia, de amistad?

EDUAR. De un tío que apenas conocía, que se ha muerto.

RAMO. Le acompaño a usted en el sentimiento.

EDUAR. *(Con gran alegría.)* ¡Muchas gracias!

RAMO. Y... ¿es mucho lo heredado?

EDUAR. Siempre es poco, pero en fin. Unos cincuenta mil durillos. Para ser un tío segundo o tercero, no se ha portado mal. Le lloraré toda mi vida. ¡Bendita sea su alma!

RAMO. Ahora, a ser formalito y a pensar con cordura.

LUIS. Sí, sí. A buena parte va. No he hecho más que indicarle que se debe poner al corriente en las deudas y dice que no pagará a nadie.

RAMO. Eso no está bien.

EDUAR. ¿Que no está bien? ¿Pero ustedes creen que mi llorado tío, que en gloria esté, y que permita Dios que nunca le tenga que dar las gracias personalmente, me dejó su dinero para pagar trampas? ¿Ustedes no comprenden que la herencia será para ellos?

RAMO. Me parece muy razonado que pidan lo que se les debe, que deseen cobrar.

EDUAR. Pues, no, señor. Ese débito mío, como es de muchos años, ha prescrito. ¿Con qué derecho se presentan a cobrar? Abusos, don Ramón.

RAMO. Cada cual tiene su modo de ver las cosas. Yo, en confianza, a eso que usted llama abuso en los demás, yo lo llamo frescura en usted. ¡En confianza!

EDUAR. ¡No, no, no; locuras no!

RAMO. El que no debe hacer más locuras de aquí en adelante es usted. Bueno, ¿y la nena?

EDUAR. Es verdad. ¿Y Consuelito?

LUIS. Arreglada estará para el paseo. Ahora nos la traerán.

EDUAR. Y el misterio sigue impenetrable. ¿No se sabe nada?

LUIS. En absoluto.

EDUAR. Pues yo tengo la mosca en la oreja, que la doncellita que estaba en tan dulce coloquio contigo...

LUIS. ¡¡No le haga usted caso a este idiota!!

EDUAR. Anita, la doncella..., debe saber algo.

LUIS. Ayer tuve otra carta de la madre. Escuchad lo que dice. *(Saca la carta y lee.)* "Señor marqués: Mi querido señor. Estoy enterada de todas las investigaciones que está llevando a cabo, y como comprendo perfectamente que esto, más que a curiosidad, obedece a sentimientos de índole moral, yo, que tan agradecida estoy a su bondad, no puedo consentir que pueda usted tener una preocupación. No indague, no pregunte, no malgaste el dinero, pues nada podrán comunicarle que sea la verdad. ¡Gracias a Dios ya va faltando poco! Todos los hilos que de este extraño asunto había sueltos van uniéndose ya, y de este misterio muy pronto tendrá usted, señor marqués, la solución. Con besos a mi nena y mi agradecimiento a todas sus bondades se despide quien bendice su nombre. Ene."

EDUAR. Muy bien está la carta.

LUIS. Y no hay medio de aclarar la verdad.

RAMO. Yo he hecho lo que humanamente puede hacerse. Me encargaste el asunto sin reparar en gastos, y he tirado el dinero a manos llenas. Policías particulares. Investigaciones hechas en las iglesias y en los juzgados, en la Maternidad. Indagaciones en todos los hospedajes que las matronas tienen. Viajes a los pueblos de los alrededores. Cientos de cartas y de telegramas. ¡Nada! Abismo insondable.

LUIS. Y que ella ve a la nena, no hay que dudarlo, y que no sabemos cómo y dónde la ve, tampoco se puede dudar.

RAMO. En la esquina tengo un sabueso que me da los datos de todo cuanto ocurre desde que sale el ama hasta que vuelve a casa, y hasta la presente nada anormal ha ocurrido que pueda darnos luz para descubrir esta incógnita.

LUIS. ¡Misterio!

EDUAR. Pero, según anuncia en la carta que te ha escrito la madre, ya poco falta. Acaso cuando vuelva yo de fuera esté aclarado todo.

RAMO. Pero... ¿se marcha usted?

EDUAR. Sí, señor; a recoger la herencia.

RAMO. ¡Ah, caramba! Y... ¿tardará usted mucho?

EDUAR. No creo, es decir, si no se enreda, pues en Barcelona, la frontera al lado, barcos que van a América, a lo mejor me estoy un par de añitos alejado de España.

RAMO. Y... ¿cuándo es esa marcha?

LUIS. Pasado mañana, lo más tarde, será; dices que tienes que estar allí el día cuatro, ¿no?

EDUAR. Eso me ordena el señor albacea. *(Don Ramón denota preocupación al enterarse de la marcha de Eduardo.)*

RAMO. ¡Caramba, caramba!

EDUAR. ¿Qué le ocurre?

LUIS. ¿Le pasa a usted algo?

RAMO. No, nada, no. Que se me ha puesto un dolor de cabeza, así, de repente.

LUIS. Vamos al comedor, y con una copa de buen vino pronto le pasará.

RAMO. Buena aspirina para curar dolores.

EDUAR. La mejor marca. Aspirina Domecq, la que yo tomo.

LUIS. Vamos, vamos allá. *(Hacen mutis por la primera derecha, al tiempo que baja la escalera el Ama con la nena. Viene comiendo un gran trozo de pan. Va a la segunda derecha y llama a la doncella. Va vestida con traje y adornos de ama de cría que denote buen gusto y, sobre todo, novedad en el indumento.)*

AMA. ¡Juanita! ¡Juanita! *(Entra por el foro Don Jenaro.)*

JENA. ¿Qué gritos son ésos? ¿Qué quiere usted?

AMA. Con usted, nada. ¿Se llama usted Juanita?

JENA. ¡Me llamo... narices! De segundo apellido.

AMA. Y de primero, ¿cómo?

JENA. De primero... ¡Paciencia!

AMA. Será usted pariente de Job. ¡Juanita!

JENA. ¡Qué gritos! *(Aparece Juanita.)*

JUANI. ¿Nos vamos, ama?

AMA. Sí, nos vamos. Llame usted al señorito.

JENA. Al señor no se le puede interrumpir en este instante, porque tiene visita.

AMA. Pero como nos tiene dicho que cuando nos vayamos de paseo por la mañana o por la tarde le avisemos para darle un beso a la nena y despedirse de mí, pues usted le avisa o entro yo.

JENA. Se guardará usted de entrar como de...

AMA. ¡Esas porquerías las hará usted!

JENA. ¿Cómo? Lo que yo iba a decir es que se guardase usted de entrar como de alzar la voz.

AMA. Sí, sí, ya, ya. A mí con ésas. La que es ama de cría, luego lo es seca.

JENA. Haga el favor de guardarse los adagios para donde mejor le cuadre, y de guardarse o comerse ese tarugo de pan.

AMA. Aquí el único tarugo no es sólo el pan. *(Se tapa la boca.)*

JENA. De acuerdo, pero cuide de que no caigan las migas en el suelo, pues en la casa no entran gorriones.

AMA. ¡Qué gracioso es don Recaredo, que dice una gracia y se chupa el dedo!

JENA *(Muy molesto.)* Ni yo digo gracias, ni me llamo Recaredo, ni tengo la fea costumbre de chuparme nada.

AMA. Bueno, ¿llama usted al señorito, o le llamo yo?

JENA. El señor me ha dado orden de que no se le moleste por nada ni por nadie.

AMA. Pues siempre que sale su hija quiere verla.

JENA. ¡Y dale! La señorita no es hija del señor.

AMA. Bueno, ¡eso al que te crea, Dorotea! ¿Le llama usted?

JENA. ¡No!

AMA. Pues verá cómo sale. *(Habla con la nena gritando junto a la primera derecha.)* ¿Nos vamos a la calle, reina mía? ¿Quién quiere irse a la calle a ver los soldaditos?

JENA. A ver los soldaditos no será sólo la nena la que quiera ir.

AMA. ¡¡Mi vida!! *(Gritando desaforadamente.)*

JENA. *(Loco por los gritos.)* ¡Cállese! ¡¡Haga el favor!!

AMA. *(Natural.)* ¿Pero también me va usted a prohibir que yo quiera a mi nena?

JENA. Yo no prohibo nada, pero tenga la amabilidad de bajar la voz.

AMA. *(Gritando.)* ¡Locura mía! ¡Sí, mi vida, sí! Ahora nos vamos a la calle. No faltaría más, lo que tú quieras. ¡No llores tú, mi alma! ¡No vayas a coger esas perras que coges!

JENA. (¡No, si llorará la nena, y hará salir al señor, y hará que suban los transeuntes y los guardias!)

AMA. ¡Vida mía! *(Cada vez grita más, y cada grito produce en Don Jenaro un salto.)* ¡Locura! ¿Quieres ver a papá? ¡Anda, llama a papá!... ¡Papá! ¡¡Papá!!

JENA. *(Ya en el paroxismo de la locura.)* ¡Oiga!

¡Oiga! ¡Haga el favor de no llamar papá al señor , y gritando menos!

AMA. ¡Déjeme en paz! *(Se acerca a la primera.)* ¡Que se va Consuelito! ¡Que se va Consuelito! ¡Que no vamos! ¡Que nos vamos! *(Se abre la puerta de la primera y aparece Luis.)*

LUIS. Pero ¿qué gritos son ésos, mujer?

JENA. No me ha faltado más que ponerle una mordaza para que se callara.

AMA. Perdone el señorito, pero como este tio...

JENA. El tío lo será... ¡el que tenga sobrinos, que yo no los tengo!

AMA. Como el señor me tiene dicho que siempre que salga la nena se le avise...

LUIS. Y... ¿por qué no le ha dicho usted a don Jenaro que me avisase?

AMA. Sí se lo he dicho y no ha querido.

JENA. Me lo ha dicho, es cierto; pero como el señor tenía visita...

LUIS. Son de casa.

AMA. ¿Lo ve, lo ve? Anda, vida, dale un beso a papá.

JENA. ¡Y dale con papá!

AMA. ¿Lo ve el señor? ¡Todo le molesta!

LUIS. Y en eso lleva razón. No me llame papá, que no me gusta.

AMA. ¿Le sienta mejor que le llame padre?

LUIS. Ni padre ni papá. *(Luis le da un beso a la nena. Al pasar el Ama junto a Don Jenaro le dice bajito.)*

AMA. Adiós, ¡so... gruñón!

JENA. Adiós, so... lares... *(Mutis foro el Ama y Juanita. Detrás, Don Jenaro. Luis llega a la segunda derecha, y al ver que llega Anita, coge un periódico y se sienta de espaldas. Cruza la escena, y cuando va a hacer mutis por la escalera, Luis la llama.)*

LUIS. ¡Consuelo!

ANITA. ¿El señor me ha llamado? *(Vuelve rápida.)*

LUIS. ¿Se llama usted Consuelo?

ANITA. Me llamo Anita, como sabe el señor.

LUIS. ¿Entonces por qué volvió la cabeza al oírse llamar de esta manera?

ANITA. En la calle no lo hubiera hecho, pero en la casa no tiene nada de extraño. Además, como iba de espaldas al señor, y llevaba esta ropa, bien pudo creer el señor que llevase la nena en los brazos.

LUIS. Y tiene usted razón. Eso creía, que llevaba usted la nena en los brazos. ¿Podría usted sacarme de una duda?

ANITA. Si es que puedo...

LUIS. Probaremos... *(Deja Anita la ropa en una silla, y Luis el periódico, acercándose a ella)* ¿Por qué cuando miro a la nena veo a usted y cuando miro a usted veo a la nena? *(Una pausa en la que se ha de ver que a Anita le contraría la pregunta y no encuentra la respuesta.)*

ANITA. ¡Qué cosa tan curiosa!

LUIS. ¿Muy curioso, verdad? Es en extremo interesante esto.

ANITA. Dicen..., y lo tengo por cierto, que los niños, a fuerza de estar con una persona, llegan a parecerse. Sobre todo, este caso se da con frecuencia en los niños de pecho y en las amas.

LUIS. Y tiene usted razón en lo que dice. Estando tiempo juntos llegan a parecerse. Pero usted lleva muy poco tiempo aquí en la casa, y, sin embargo, yo noto semejanza en la nena y usted. Y con el ama no advierto el parecido.

ANITA. Sí que es raro, ¿verdad? Yo, a su nena...

LUIS. Perdone, Consuelo. Se ha confundido usted. Esa nena no es mía.

ANITA. Perdone usted, señor, pues el señor también se ha confundido. Me ha llamado Consuelo, y soy Anita.

LUIS. Es cierto, sí, perdone. Le decía que la nena no es mía.

ANITA. Es verdad, no le extrañen ni molesten al señor mis palabras.

LUIS. Molestarme..., nada de eso. Siéntese usted un ratito.

ANITA. Por Dios, sentarme en presencia del señor.

LUIS. ¿Qué tiene eso de particular?

ANITA. ¡Cualquiera de la casa que pasara!...

LUIS. Cualquiera de la casa que pasase se abstendría de hacer un comentario. Yo, desde que estoy solo, los criados que a mi lado estuvieron, no los traté de tales: han sido mis amigos. Amigos de esos que tratamos y nos tratan con respeto. ¡Cuántos criados rechazarían con dignidad el hacer lo que algunos que se llaman amigos hacen!... ¡Vamos, siéntese usted!

ANITA. Me da cierto reparo...

LUIS. ¡Como amigo la he invitado a sentarse, y no obedece!... El señor se lo manda a la doncella. ¡Siéntese usted! *(Con seriedad cómica.)*

ANITA. Obedezco al señor. *(Se sienta.)*

LUIS. Decía usted...

ANITA. Yo no decía nada. Espero obediente... responder al señor.

LUIS. Dijo... "Yo a su nena de usted..." Eso decía cuando yo la corté, diciendo que la niña no era mía.

ANITA. Tiene razón el señor. Algo pensé decirle, pero con la interrupción del señor ya no recuerdo de lo que estaba hablando.

LUIS. Procuraré ayudar a su memoria. Hablábamos del parecido tan extraordinario que yo encontraba a usted con Consuelito.

ANITA. Es cierto, tiene razón el señor. Ese era el tema.

LUIS. ¿El tema?

ANITA. ¿Qué le extraña al señor? ¿No era el tema de la conversación?

LUIS. Mi extrañeza obedece a las palabras que usted emplea para hablar. ¡Son tan poco frecuentes en una doncellita!...

ANITA. No le extrañe al señor Una tuvo sus principios, y las incidencias de la vida nos llevan a veces a desempeñar cargos. . ¡El destino!...

LUIS. *(Mira a Anita con gran curiosidad y se va acercando a ella de tal modo, que obliga a ésta de*

vez en cuando a separar la silla de su lado.) ¡El destino! ¡La vida!...

ANITA. ¿Por qué me mira el señor tan fijamente?

LUIS. *(Saca de una cartera un retrato pequeño y lo contempla sin dejar de mirar a la doncella.)* Es igual, es idéntica. Todo en pequeño, pero los mismos ojos, la misma boca... ese gesto inocente...

ANITA. ¿Otro parecido? *(Irónica. Luis le da el retrato.)* ¡Consuelito! ¡Qué bien está, qué encanto! *(Se acerca el retrato a los labios y lo besa. Luis se levanta, dando unos pasos por la habitación. Se levanta Anita y queda sin saber qué hacer. Completamente azorada, trata de devolver el retrato a Luis, y como éste no la mira, lo vuelve a acercar a sí, haciendo este juego varias veces.)*

LUIS. ¿Le gusta el retrato?

ANITA. Está muy bien, muy bien. Ha salido con una naturalidad...

LUIS. Quédeselo, si quiere.

ANITA. *(El que Luis le ofrezca el retrato le produce una alegría grande.)* ¡Me lo regala el señor!...

LUIS. Sí, ¿por qué no? Le hice varios.

ANITA. ¿Quiere mucho el señor a Consuelito?

LUIS. ¡Que si la quiero! Más que si fuera mía. No sé lo que esa nena trajo a mi. El primer día que la tuve a mi lado, su carita tan fina, el nombre que ella lleva, Consuelito. Ese nombre que tantos recuerdos tiene para mí. Lo que pasé en ese primer día... me hizo quererla... me hizo sentir algo extraño, me hizo notar una cosa que jamás yo creía que tuviera. ¡Corazón, sentimiento, cariño!

ANITA. Y grande es el que siente el señor por la nenita. Los sacrificios y molestias que soporta... *(A medida que va hablando se va enardeciendo, que bien pudiera creerse que es Anita la madre de la nena.)* Conozco el caso... porque se lo oí referir al señor mayordomo. Sé lo bon-

dadoso que fué usted... ¡Que fué el señor! ¡Perdone!

LUIS. No me llame señor.

ANITA. Gracias. Yo, que he podido ver todo cuanto usted ha hecho, comprendo ese cariño. El tener a su lado a Consuelito... *(Habla mirando al retrato, sin apartar los ojos de la nena, y Luis, poco a poco, se va acercando a ella.)* A este bendito ángel, limpio de todo mal, que, por culpa de un cariño verdad o de un infame engaño, ha venido a este mundo... ¡Has tenido la desgracia de nacer: desgracia, por no poder estar entre tus padres. ¡Y dentro de tu desgracia tuviste una gran suerte! *(Se queda fijamente mirando el retrato.)*

LUIS. "Dentro de tu desgracia tuviste una gran suerte." (¡Las mismas palabras de la carta!)

ANITA. Sí, inocente pequeñita; suerte tuviste. *(Mirando a Luis.)* ¡Suerte tuvo al encontrar a usted, que la tiene en su casa como si su hija fuera! ¡A usted, bondadoso señor, corazón bueno! ¡Alma generosa, que bendito siempre su nombre se ha de ver en los labios de una madre desgraciada!...

LUIS. En los labios... de usted. *(Luis la mira fijamente. Anita, que tiene el retrato en su mano derecha, se abraza a él, poniendo sus labios en la fotografía. Luis se acerca a ella, y en este momento entra, rápido, Eduardo.)*

EDUAR. ¿Estorbo? *(Anita vuelve de su éxtasis y, muy azorada, sale corriendo por la escalera, haciendo mutis. Luis, encarándose con Eduardo.)*

LUIS. ¡Imbécil, idiota, animal!

EDUAR. Chico, perdona.

LUIS. *(Subiendo la escalera, colérico, y desde arriba.)* ¡Pollino! *(Mutis.)*

EDUAR. *(Riendo.)* Esto es nuevo. ¡Pollino! *(Aparece Don Ramón.)*

RAMO. ¿Pero qué le ocurre a usted?

EDUAR. Que acabo de hacer cisco el segundo coloquio. Que sorprendí a Luis hablando con Anita por

segunda vez, y no sabe usted cómo se ha puesto.

RAMO. ¿Se fué enfadado?

EDUAR. ¡Un tigre!

RAMO. Entonces, como tardará en venir, aunque no es el sitio más a propósito éste donde nos encontramos, aprovechando que estamos solos, voy a hacerle a usted una confidencia. Pero antes necesito me dé usted su palabra de honor de que hasta que yo le indique no dirá usted nada, ni dejará entrever nada, pues el asunto es serio. ¿Conformes?

EDUAR. Diga usted.

RAMO. Su palabra antes.

EDUAR. ¿Mi palabra? Le advierto a usted que el primero que no cree en mi palabra de honor soy yo. Así es, que si usted quiere, se la doy.

RAMO. Entonces no hablo.

EDUAR. Yo le juro a usted por el coñac Domecq, y eso sí que es serio, que puede usted creer que nada digo.

RAMO. ¡Qué tarambana!

EDUAR. Debe usted creer en mi sinceridad. ¿Acepta?

RAMO. Acepto. ¡Agárrese!

EDUAR. ¿Va usted a pegarme?

RAMO. Agárrese usted. ¿Sabe usted quién es la madre de Consuelito?

EDUAR. *(Confidencial.)* Me parece que sí.

RAMO. ¿Quién?

EDUAR. Es... ¿Anita, la doncella?

RAMO. La misma.

EDUAR. ¡Ya decía yo! Pasó el prólogo y ya estamos en la primera parte de la película.

RAMO. Lo que no se imagina usted es la segunda parte ni el epílogo. Lo de que sepa usted o se imaginase quién pueda ser la madre no tiene casi importancia; pero... ¿a que no acierta usted quién es el padre? *(Pausa, y Eduardo piensa.)*

EDUAR. ¡Usted!

RAMO. No, hombre, no. Piense usted en lo más descabellado. Piense usted en lo más ilógico, en lo más absurdo.

EDUAR. ¿En lo más absurdo? Don Jenaro.

RAMO. Tampoco. Más absurdo que el mayordomo.

EDUAR. ¿Más absurdo? ¿Le conozco yo?

RAMO. ¡Luis!

EDUAR. ¿Qué Luis?

RAMO. ¿Cómo que qué Luis? Luis.

EDUAR. Es que yo no conozco más que éste, el de casa.

RAMO. Pues... éste es el padre de la nena.

EDUAR. ¡¡Luis!! *(Aterrado.)*

RAMO. Sí, señor, Luis. Y la madre es Anita.

EDUAR. Pero... ¿ellos lo saben?

RAMO. No comprendo la pregunta.

EDUAR. Ni yo tampoco sé lo que preguntaba. Me he quedado tonto. ¿Pero Luis sabe que la nena es su hija y Anita su... su... bueno, la madre de la niña?

RAMO. Aquí, para entre nosotros, Luis lo sabe todo.

EDUAR. ¿Y la madre? ¿Sabe que el padre es Luis?

RAMO. ¡Pero, hombre! ¡Qué preguntas hace usted más idiotas!

EDUAR. No le extrañe, no le extrañe; estoy como atontado, y no por lo que el hecho encierra en sí, este caso se da con gran frecuencia. Matrimonios ilegales los hay a coces.

RAMO. ¡Hombre, a coces!

EDUAR. Bueno, a patás. Pero Luis...

RAMO. Luis es un sinvergüenza. Luis, con capa de bondad, es un demonio. Luis nos tenía engañados a todos con su blando carácter. Luis tiene la corteza, la cáscara de miel y el cuerpo de hiel. En una palabra: ¡Luis es un canalla! Y si yo, que le quise y le traté siempre como a un hijo, hablo así, no debe usted dudar de cuanto digo.

EDUAR. En efecto, claro.

RAMO. Luis, por miedo al escándalo, trajo la nena a la casa, simuió lo del hallazgo en el automó-

vil. Y por miedo también, trajo la madre aquí, y ahora yo sé que trata de hacer desaparecer, no sé en qué forma, a una y a otra. El tiene dinero, mucho dinero, y éste lo puede todo. Bueno, a usted acudo para ver si, entre ambos, podemos disuadirle de que haga una locura, o acaso... ¡un crimen!

EDUAR. ¡Calle usted, don Ramón! ¡Luis es incapaz de eso!

RAMO. ¿Incapaz? Usted, que vivió engañado toda la vida con su amistad, puede creerle incapaz de esto y de otras cosas; pero yo, que he sabido lo que he sabido de él... Bueno, que el tiempo pasa, y él puede llegar de un momento a otro. Esta muchacha, Anita, es un ángel de bondad y de honradez.

EDUAR. ¿De honradez?

RAMO. De honradez, sí. ¿Quién le quitó el honor, si no fué él? La muchacha es buena y es honrada. Sólo a mí se me ha confiado, y ella quiere que él repare la falta cometida.

EDUAR. ¿Usted responde de ella?

RAMO. ¡Cómo si mi hija fuera!

EDUAR. Está bien. Yo le hablaré.

RAMO. Nada de eso. El plan le tengo formado, y usted nada hará, puesto que se alía a mí, sin mi consentimiento. Usted estará presente cuando llegue el momento, y resultado de lo que yo haga, intervendrá usted para ver de llegar al fin que me he propuesto, y que es el legal, el que debe ser, y más tratándose de personas honradas... Silencio, Luis llega. Ni una palabra; que nada adivine.

EDUAR. Descuide usted; pero... ¡no sé si podré contenerme!

RAMO. Piense usted que me juró por...

EDUAR. ¡Esté tranquilo! ¡Yo, por el coñac, no juro nunca en falso!

RAMO. ¿Estará usted hoy en casa?

EDUAR. Hasta la hora de cenar, seguro estoy.

RAMO. Silencio; él llega. *(Baja Luis la escalera. Eduardo, con cara de mal humor.)*

LUIS. Perdóneme usted, don Ramón, que le dejara solo; pero dejarle con este trasto, es como si lo estuviera.

EDUAR. ¡Aquí el único trasto...!

RAMO. ¡Eduardo! *(Conteniéndole.)*

EDUAR. Da gracias al coñac. Pero ya se demostrará, y no muy tarde, quién es aquí ese trasto..

RAMO. Adiós, Eduardo.

EDUAR. ¡Don Ramón!

LUIS. ¿Te vas?

EDUAR. ¡Por no verte!

LUIS. Nos veremos antes de tu marcha a Barcelona.

EDUAR. ¡Nos veremos! ¡Nos veremos! ¡Vaya si nos veremos! Buenas tardes. *(A Don Ramón.)* ¿Puedo llamarle sinvergüenza?

RAMO. Eso... usted verá.

EDUAR. Pues se lo llamo. ¡Sinvergüenza! *(Mutis por el foro.)*

LUIS. *(Riendo.)* ¿Qué le pasa? ¿Qué le ha dado?

RAMO. No sé.

LUIS. Ya hay luz, don Ramon. El velo que había en nuestro asunto va corriéndose ya.

RAMO. ¿De qué me hablas, Luis?

LUIS. Ya tengo la certeza de quién es la madre de Consuelo.

RAMO. ¿Estás seguro?

LUIS. Segurísimo. ¡Qué difícil es hallar la mentira en la mujer cuando se llega con maña al corazón! La madre de la nena es Anita.

RAMO. ¿Tienes seguridad?

LUIS. Completa.

RAMO. ¿Lo ha confesado ella?

LUIS. No con los labios, pero sí con los ojos; yo lo he leído en ellos.

RAMO. ¿Que lo has leído tú? Perdona que te llame analfabeto. Tú no sabes leer.

LUIS. ¡Don Ramón..., yo me atrevo a jurar que Anita es la madre de Consuelo!

RAMO. Jurarías en falso. ¿Tú tienes gran interés en conocer quién pueda ser la madre?

LUIS. Lo sé ya.

RAMO. No lo sabes, Luis. Eso lo sabe aquí, de los dos, uno, y ése no eres tú?

LUIS. ¿Usted? Pero ¿no es Anita?

RAMO. Yo te juro que no. Vamos a ver. ¿Qué darías tú porque en este momento, que tenemos de tranquila charla, te dijese yo el nombre de la madre de la nena?

LUIS. ¡Lo que usted me pidiera!

RAMO. ¿Palabra de honor? Medita bien antes de ofrecer.

LUIS. ¡Lo que usted quiera! Mi palabra de honor.

RAMO. Pues te la acepto..., y vas a saber toda la verdad. Fíjate bien en mis palabras. Yo quiero que tu hermana Consuelo venga otra vez aquí.

LUIS. Eso, ¡jamás!

RAMO. Cuidado, Luis. Tú, para saber algo que te interesa, no vacilaste en darme, a cambio de ello, tu palabra de honor. Yo te juré decirte toda la verdad, y eso es lo que te pido, teniendo tu palabra.

LUIS. ¡Eso no, don Ramón! Usted, al ver mi loco interés por conocer este enigma, se aprovechó de mí para tratar de conseguir lo que no puede ser ¡ni aun teniendo mi palabra empeñada!

RAMO. No dudarás que fuiste siempre para mí como mi hijo; pues bien, como si fuera tu propio padre, yo te digo que no es hombre, el que después de dar su palabra de honor, quiere negarla.

LUIS. Me cogió de improviso...

RAMO. Te lo advertí primero. ¡Eso se piensa antes! Tu hermana ha de volver aquí, porque así debe ser. Reconoce su falta y, arrepentida, quiere venir a ti.

LUIS. ¡Don Ramón, yo le pido, por lo que más quiera, que no vuelva a traer la duda a mí!... ¿Es la madre mi...? *(Entra rápidamente Juanita en*

escena, atropellándolo todo, y quedan sobrecogidos los dos personajes.)

JUANI. ¡Señorito, por Dios! ¡Señor doctor! ¡Qué suerte que esté el señor en la casa!

LUIS. Pero ¿qué pasa?

RAMO. ¿Qué ocurre?

JUANI. ¡La nena se nos puso muy mala! ¡Parece que se muere! ¡Le dió un mareo! ¡Perdió el conocimiento! ¡El ama se ha puesto como loca! *(Van a salir corriendo, cuando irrumpe en escena el Ama con la nena en los brazos. Entran después Don Jenaro y Anita.)*

AMA. ¡Ay, don Ramón! ¡Bendito sea Dios, que aquí le tiene! ¡Mi hija se muere! ¡Sálvela, don Ramón; salve a mi hijita y pida mi vida en cambio! ¡Usted, que tanto nos quiso siempre, que como un padre nos trató, salve mi hija!

RAMO. ¡Calma, mujer, calma! Si no tendrá importancia. ¡Un mareo sin duda! Pasad, pasadla aquí. *(Segunda derecha.)*

AMA. ¡Ay, hijita!... ¡Hijita de mi alma! *(Hace mutis por la segunda derecha, llevando su cara junto a la de la nena y seguida de Juanita y Don Jenaro. Luis, que, como un loco, presencia la escena, se queda fijo mirando a Don Ramón, que, al hacer mutis, le dice:)*

RAMO. No necesitaré decirte ya quién es la madre. *(Mutis. Luis sigue con la vista a Don Ramón y, después que desapareció éste, mira rápidamente a Anita.)*

LUIS. ¿Es el ama... la madre de la nena?

ANITA. *(Bajando los ojos.)* Sí, mi hermana.

LUIS. *(Loco ya.)* ¡¡Su hermana!!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior.

(Al levantarse el telón, Luis está sentado en un sillón, de espaldas a la puerta por donde sale Don Ramón.)

LUIS. *(Preguntándose a sí propio.)* Entonces..., ¿qué relación tiene Consuelo en este enredo? *(Sale Don Ramón por la puerta de la derecha.)*

RAM. ¿Hablas solo?

LUIS. Me pregunto a mí mismo. ¿Cómo sigue la nena?

RAM. Está completamente bien. Ya te lo dije: no era nada. Un espasmo de glotis, que a los profanos alarma y a las madres más.

LUIS. Don Ramón, ¿es hora ya de que me aclare todo este enigma, este misterio, este complicado asunto, que de locos parece cuanto sucede aquí?

RAM. Ten calma, que ya te falta poco para tener la explicación de todo. El epílogo llega. Poco se hará esperar.

LUIS. Pero... ¿todavía he de esperar más tiempo?

RAM. ¿Qué te urge saber? ¿Tu interés cuál era? ¿El poder conocer quién es la madre? ¿No la conoces ya?

LUIS. No es solamente eso lo que yo necesito conocer. Es todo. El porqué de la presencia de estas muchachas en la casa. Por qué es hermana Anita del ama...

RAM. Eso es sólo de la incumbencia de sus señores padres.

LUIS. ¿Cómo es que Consuelito resulta ser la hija de la que todos teníamos por el ama? Y, sobre todo, ¿por qué se halla mezclado el nombre de mi hermana en este asunto?

RAM. Porque tu hermana es uno de los personajes de esta comedia, en la cual me he repartido el mejor papel, y en la que fuí, al mismo tiempo,

autor y actor. *(Va a la segunda derecha.)* ¡Anita, Isabel, vengan aquí! *(Salen Anita y el Ama.)* ¿Sigue la nena bien?

ANITA. Muy bien está. Como si nada la hubiese ocurrido.

RAM. Y nada fué.

AMA. No diga usted que no fué nada, que el susto fué tremendo.

RAM. Nada fué lo que le ocurrió a ella. Mucho el susto que te llevaste tú; pero esta vez el susto tuyo ha servido para no desmentir el adagio de que "no hay mal que por bien no venga". Porque ha servido para traer a este pobre muchacho la tranquilidad y llegar al conocimiento de todo.

LUIS. Pero... ¿usted cree que llegaré alguna vez a conocerlo?

RAM. Ya empezaste, y ahora vas a llegar al fin. Bueno, lo primero que debo hacer es presentaros, porque ustedes no se conocen. Tengo el gusto de presentarte a las señoritas Anita e Isabel Longoria y Prado. Don Luis de Orozco y Martínez de la Torre, marqués de Sierra Alba. *(Se estrechan la mano con gran ceremonia, como si este momento fuera el primero en que se encuentran.)*

LUIS. Mucho gusto.

ANITA. El gusto es mío.

LUIS. *(Al Ama.)* A los pies de usted.

AMA. Beso a usted la mano.

RAM. *(Riendo.)* ¡Esto tiene gracia! Casi un año viviendo juntos... y no se conocían...

ANITA. Nosotras tenemos que agradecer a usted...

RAM. Vamos por partes. El agradecimiento vendrá luego. Debemos comenzar por el principio. Hora es ya de que lo sepas todo. Esperad, que esto es muy necesario. *(Va a la puerta del foro y llama a don Jenaro.)* ¡Jenaro!, ¡Jenaro!... La presencia del jefe del servicio me es completamente necesaria. *(Aparece don Jenaro, en la puerta del foro.)*

JENA. ¿Llamaba el señor?

RAM. Sí, Jenaro, ven acá, siéntate aquí... y como si esta butaca fuera la de un teatro, escucha y ve todo cuanto aquí ocurra sin comentar lo que oigas y cuanto veas. *(Se sienta en la butaca y queda dispuesto a escuchar cuanto pase.)* Lo mismo que a Jenaro le he dicho, a ti te digo. Escucha y ve todo cuanto aquí pase sin hacer el menor comentario, porque con incisos no acabaríamos nunca. Hazte cuenta de que éste es un blanco lienzo y que vas a presenciar una película hablada, en la cual me he repartodo yo el papel principal, y ya que en medicina, si no eminente, todo el mundo piensa y algunos lo creen, no deshonro a la clase, en la comedia soy un mal racionista. Aunque el papel me vaya, no sé representarlo. De todos modos, el público *(Señalando a Jenaro y Luis)* es el que me ha de juzgar. Fuera de escena vosotras hasta que yo os mande que salgáis. Ahora es el prólogo y éste le digo yo. *(Se sientan al lado contrario de Luis, Anita y el Ama. Queda en el centro de la escena don Ramón.)* ¡Comienza el espectáculo! Sobre las nueve de la noche de cierto día, se presentó en mi casa una muchacha, que con urgencia deseaba hablarme. Venía a mí pidiendo protección y amparo. Acababan de arrojarla de su casa. Consuelo se llama esta muchacha y es hermana del marqués de Sierra Alba. *(Don Jenaro y Luis se revuelven en las butacas. Don Ramón se pone un dedo en los labios indicando silencio.)* Fué la causa de que el hermano la echara de su casa... los amores. Alucinada ella por un amor, que el hermano creía pernicioso, y en efecto, lo era, le llevó a tal resolución. No pudiendo lograr llevar a ella la razón con sanos consejos, con lógicas razones... *(Luis asiente todo cuanto dice don Ramón.)* Después de innumerables disgustos... *(Don Jenaro asiente también en esto.)* Vino la ruptura y entró en

mi casa ella en busca de consejo y de cariño. Al siguiente día me presenté en la casa del hermano.

LUIS. *(Saltando.)* ¡Y yo le respondí!...

RAM. ¡Silencio! El espectador no debe dirigirse al escenario, pues le tomarán por loco los demás espectadores.

JENA. *(Tocándole en el codo a Luis.)* ¡Cállese!

RAM. Me presenté en la casa del hermano, le expuse el hecho, y éste me respondió que jamás volvería a la casa. Mayor de edad y con la separación de la fortuna, que ella viviese sola. *(Luis asiente.)* De nada sirvieron mis palabras para convencerle. Desde esa fecha, Consuelo ha vivido separada de él... y a mi cuidado... Yo conocía bien lo interesado que Consuelo tenía el corazón y quise curarla. Oponerse a los amores... ¡loco empeño! Sería acrecentar más la pasión. Una noche, en la que no pude conciliar el sueño, vino a mí una feliz idea. Al día siguiente, teniendo cogida su cabeza entre mis manos, yo le dije a Consuelo: "Yo curaré tu corazón de amores." ¡Fin del prólogo! *(Se va a levantar Luis y le interrumpe don Ramón diciendo.)* ¡No hay intermedio! Va seguida la representación.

JENA. No hay entreacto.

RAM. Acto primero, dividido en dos cuadros. Nos encontramos en una casa de buena apariencia. Había llegado el plazo que da siempre la vida para que una mujer sea madre, y aquí tenemos a Isabel con su hija en los brazos, atendida por su hermana Anita, que acababa de llegar de Santander, en donde residía y de donde antes llegó Isabel, engañada a la corte, por la traición de un hombre. Yo, que durante mis años de carrera fuí destinado a Santander de director de un Sanatorio, hice gran amistad con los padres, ya fallecidos, de estas dos muchachas. Concretaré. Mi intención al llevar a Consuelo a aquella casa, fué la de predicar con

el ejemplo. Que viera un caso hermano, en el que es muy posible que ella se hubiese visto. Allí vivió con ellas... Y allí empezó su cura. Poco a poco, aquel hombre fué conocido, fué adivinando en él malas pasiones, fué hallando en él la falsedad de su cariño, su mala intención, y acabaron para siempre esos amores. ¡Bendito el momento en que se me ocurrió la magna idea de llevarla a la casa de estas buenas muchachas! El ejemplo cundió y el mal que se esperaba fué evitado. *(Luis sigue con gran interés la narración.)* Ya mi ciencia, o la casualidad, habían salvado a Consuelo. Ahora, tenía que procurar y hallar la forma de salvar a esta buena muchacha y de encontrarle padre a la nenita. Como el rayo, pasó la solución ante mis ojos, y tiene explicación por qué vino tan rápida aquella idea a mí. Como era el bien el que con tanto deseo yo buscaba, me iluminaba Dios y rápido me daba la solución de todo El padre de la nena era un íntimo amigo del señor marqués de Sierra Alba. *(Luis hace ademán de extrañeza moviéndose en el asiento. Igual, don Jenaro.)* Don Eduardo de la Vega y del Pozo.

LUIS. ¡Eduardo!

ANITA. Eduardo, sí; un pariente nuestro fué a ver al causante de la desgracia, y ese pariente, hombre sin voluntad a quien muy fácilmente se domina, nada pudo conseguir El que causó aquel mal no atendió súplicas, ni lógicas razones. Y no contento con el daño causado, se ensañó más aún, diciendo que la niña no era suya.

LUIS. *(Sin poder contenerse.)* ¡Canalla!

RAM. De acuerdo, pero no interrumpa la acción de la comedia. En una noche formé el plan. Yo, que había visto nacer al marqués de Sierra Alba y sabía que tenía corazón, decidí llevarle allí la nena, y de este modo, como el padre era su íntimo amigo, conseguir que, poco a poco, fuera viéndola, tomándole cariño, como así ha

sucedido, y trasladé todos los personajes de la casa al palacio del marqués. Ahora, Jenaro, vas a telefonear al señorito Eduardo a su casa, y si allí no estuviese, que te indiquen dónde se encuentra.

JENA. Es que yo tenía que decir a las señoritas...

RAM. Luego lo harás. Telefonea diciendo a don Eduardo que venga al instante, que yo le llamo. Te esperas a que él llegue, y en el momento que veas que entra en la casa, avisa.

JENA. Pero yo tengo que sincerarme con las señoritas, con permiso del señor. *(Arrodillándose ante el Ama.)* ¡Señorita! He de decirla que, ignorante de lo que debajo del uniforme se encerraba, si la llamé vaca... ¡yo soy un buey! Y si la llamé mula... ¡yo soy un burro! Y si también la llamé varias veces elefanta. . ¡aquí no hay más paquidermo que un servidor! Así es que, como castigo a mis ofensas, estas patillas, que llevan treinta y cuatro años, dos meses y... ¿a cuántos estamos hoy?

LUIS. A dos.

JENA. Gracias, y dos días, luciéndose en mi cara, se las ofrezco en holocausto de mis incorrecciones y de mis bestiezas. ¡Tome! *(Saca unas tijeritas y se las entrega, presentándole las patillas.)*

AMA. Y... ¿qué hago yo con esto?

JENA. Castigarme y ponerme en ridículo, porque donde me presente, que me conozcan, con la cara como un plato, se troncharán de risa.

AMA. Vamos, tome usted las tijeras y quédese con las patillas, que yo le perdono.

JENA. ¡No quiere usted tomarme el pelo!

LUIS. Anda, anda; la señorita te perdona. Da el recado al señorito Eduardo por el teléfono.

JENA. Muy agradecido y siempre al servicio de los señores. *(Hace mutis por el foro.)*

RAM. Hice que presenciara todo el episodio el bueno de Jenaro para que conociese la verdad de lo ocurrido. Enterado de todo cuanto aquí pasó

cuando salió Consuelo de esta casa, necesario era también que, al llegar ella, no hubiese en él la menor duda. Esto es muy importante. ¿Qué te pasa?

LUIS. Que me ha dejado usted de piedra. ¿De manera que Eduardo es el padre de Consuelito?

RAM. Con más motivos que yo, ésta te lo podrá decir. *(Indica a Isabel.)*

AMA. ¡Sí, señor; Eduardo!

RAM. Ahora, que él cree que el padre lo eres tú.

LUIS. ¿Yo?

RAM. Mejor dicho, él lo cree porque yo se lo he hecho creer.

LUIS. ¿Usted? ¿Por qué?

RAM. Porque así conviene a mi plan. De esto nada preguntes; cuando él llegue, sus mismas palabras te darán la solución de todo. Y como en el segundo cuadro de mi obra tú eres uno de los personajes principales, y ya conoces todo cuanto pasó, esperemos el desenlace, que eso no sabemos lo que pasará. El epílogo nos lo tiene que dar tu amigo Eduardo.

LUIS. Dice usted que yo conozco ya todo cuanto pasó en la casa, y no es cierto. Desde que entró Consuelito, sí; pero ¿cómo entró aquí Consuelito?

RAM. Yo mismo la dejé en el coche. Claro que de acuerdo con Vicente, tu chófer. Yo suponía que una vez la nena en esta casa, al primero que darías conocimiento de ello sería a mí.

LUIS. Como así sucedió.

RAM. Yo me encargué de todo por mandato tuyo. Buscar el ama, y ¿quién mejor que la misma madre?

LUIS. Pero Eduardo se ha visto aquí, en la casa, con Anita; ha hablado con ella, ¿y no la ha conocido?

ANITA. A mí no me había visto nunca. Yo llegué a Madrid, de Santander, días antes de nacer la nena.

RAM. La mandé yo llamar; aunque bien atendida por

tu hermana y por mí, necesario era que hubiese alguien de la familia.

LUIS. Paso por que no conociese a usted; pero a Isabel...

AMA. Conmigo sólo una vez se cruzó en el pasillo, y en mí no reparó. Claro, con este traje y con esta toca... ¡Qué momento pasé cuando me cogió de los brazos la nena para darle aquel beso que le dió! El enfrente de mí, la nena entre los dos. Aquel beso de amigo que le daba, estando yo presente, era el beso de padre. Aquel beso que en la frente recibió nuestra hijita, sentí que me tocaba el corazón. ¡El no me conoció!

LUIS. ¡Eduardo el padre! ¡Qué canalla!

RAM. Canalla, no; ni tampoco mal hombre. ¿Sabes cómo le califico yo? Un inconsciente, un tonto, un necio, que en ese constante rodar de la juerga, entre gritos y palabras soeces, caricias de tanguistas, borracheras y broncas, amparadas y encubiertas por los acordes de una música infernal, no encontró una persona que le tocase al corazón. ¡Cabarets! Yo entré una vez en uno, y me produjo tan mal efecto aquello, que pensé: Si a mí, que todavía soy un hombre sensato, que conservo del todo mi sentido, me produce este efecto, ¿qué efecto le podrá producir a un loco de verdad? Casualmente estábamos esperando el ingreso en el manicomio de uno que yo atendía, y una noche, en un coche, le llevé para observarle lo que sintiera al contemplar aquello. Entramos mi ayudante, él y yo; le llevábamos cogido por el brazo para evitar que pudiera excitarse y, caso que ocurriera, llevárnosle al instante.

ANITA. ¿Y qué ocurrió?

AMA. Se irritaría.

RAM. ¿Irritarse?... Se me quedó mirando y me dijo: "¿Por qué quieren encerrarme a mí?" Y razón tenía. ¡Cuántos más locos que aquel pobre muchacho andan sueltos por esos cabarets! Pues

eso es tu amigo Eduardo. Un loco, un inconsciente, que hizo un mal sin saber lo que hacía, y, en cambio, ahora hará un bien sabiendo lo que hace. *(Entra don Jenaro.)*

JENA. Señor, don Eduardo entra en el jardín en este momento.

RAM. Pues tráigale usted aquí, y ojito con decir una palabra.

JENA. Descuide el señor; soy un muerto que anda.

RAM. Vosotras, marcharos. *(A Luis.)* Tú a tu cuarto, que ya te llamaré, y vosotras ya sabéis lo que tenéis que hacer. ¡Pronto! ¡Que viene! *(Luis sube la escalera, y Anita y el Ama entran en la segunda derecha. Después del mutis aparecen don Jenaro y Eduardo.)* ¡Hola, amigo Eduardo!

EDUAR. Felices, don Ramón.

RAM. Puedes retirarte, Jenaro.

JENA. El señor ordena y yo obedezco. *(Mutis por el foro, mirando a Eduardo con desprecio.)*

EDUAR. No dirá usted que he tardado. Inmediatamente de recibir su aviso, aquí estoy.

RAM. Se lo agradezco.

EDUAR. Bueno, ¿y qué hay?

RAM. Que ya lo tengo todo dispuesto. Ellas preparadas...

EDUAR. ¿Ellas? Dirá usted "ella", la madre.

RAM. Y la hija. La madre es una, singular, y la hija es otra, singular también; pero las dos juntas, ¿cómo se llaman? Ellas, plural.

EDUAR. Tiene usted razón. ¿De manera que está decidido que sea ahora mismo?

RAM. En este instante.

EDUAR. Me alegro. Yo me marcho mañana...

RAM. Por eso quiero dejarlo arreglado todo hoy, porque se marcha usted mañana.

EDUAR. ¡No sabe usted las ganas que tengo de que se solucione esto!

RAM. Pues ¿y yo?

EDUAR. Aunque ya estoy al tanto del asunto, bueno será que me explique usted algo; algo... tea-

tral; algún efecto de esos de teatro referente al honor...

RAM. Puede usted decir aquello de Calderón de la Barca, de "El médico de su honra": "El honor, con sangre, señor, se lava."

EDUAR. Eso es muy largo, y yo, para aprenderme eso, necesito un año por lo menos. Usted no sabe lo bruto que yo soy.

RAM. ¡Hombre, no tanto!

EDUAR. Sí, señor, sí; soy muy bruto.

RAM. Bruto, no; abandonado.

EDUAR. Bruto, bruto; mis padres no pudieron hacerme jamás estudiar. La poca cultura que tengo, es del mundo, de lo que he observado, de lo que he vivido.

RAM. A usted lo que le está haciendo falta... es casarse.

EDUAR. Sí, señor; no tengo inconveniente.

RAM. (Esto va bien.)

EDUAR. Pero cuando se casen los curas.

RAM. (¡Esto va mal!)

EDUAR. Eso de que casen a los demás y ellos se queden solteritos, ¡qué no, hombre, que no!

RAM. No hable usted de ese modo, porque entonces voy a creer que lo que decía usted antes era con fundamento.

EDUAR. ¿El qué?

RAM. Lo de que era usted un bruto.

EDUAR. Y lo soy. ¡Si lo sabré yo!

RAM. Usted es un buen muchacho. Un pajarillo suelto, un loco, que pasa por la vida sin saber todavía lo que la vida es. La familia, el hogar, la mujer, los hijos; eso, eso es la vida.

EDUAR. ¡Bonito párrafo! Se lo colocaré a Luis... si me lo apunta usted; si no, no me acuerdo. A propósito. ¿Cómo era aquello del honor que me decía usted, de Cervantes?

RAM. No, hombre, no; de Calderón.

EDUAR. ¡Ah, sí, de Calderón! No se me olvidará. Calderón, Calderón. Me acuerdo de caldero, y así no se me olvida. ¿Cómo era?

RAM. ¡El honor, con sangre, señor, se lava!

EDUAR. *(Declamando.)* "¡El honor, con sangre, señor, se lava!"

RAM. Voy a llamar a Luis. *(Sube la escalera don Ramón y hace mutis, y mientras queda dando paseos por la escena Eduardo y diciendo entre dientes, pero que el público lo oiga, el párrafo de Calderón.)*

EDUAR. ¡El honor, con sangre, señor, se lava! *(Sale don Jenaro por el foro para dirigirse a la segunda derecha, y se da de bruces con Eduardo, que le sale al paso y le enjareta lo del honor.)* ¡El honor, con sangre, señor mayordomo, se lava!

JENA. ¡Bueno! *(Haciendo mutis por la segunda. Sigue paseando Eduardo y aparecen en la escalera don Ramón y Luis.)*

RAM. Amigo Eduardo, aquí tiene usted a su amigo Luis.

EDUAR. Eso de amigo... ya lo veremos luego. *(Bajan a la escena. Con desprecio.)* ¡Siéntate! Y usted, si gusta, puede hacerlo también... pero a mi lado. *(Pasa don Ramón junto a Eduardo, dejando a la izquierda sentado a Luis.).* (Por si me tiene usted que apuntar algo.) *(Pausa.)*

EDUAR. Luis: tú sabes que yo siempre te he querido como a un amigo... mejor dicho, como a un hermano.

LUIS. Perdona, Eduardo. El que te ha tratado siempre como a un hermano he sido yo.

EDUAR. Cierto es. Como dos hermanos nos hemos querido.

LUIS. Ahora, que el que pagaba siempre era yo, y tú el que gastabas.

EDUAR. Esos son detalles sin importancia.

LUIS. Sobre todo para ti.

EDUAR. Tienes razón.

LUIS. Gracias.

EDUAR. ¡No hay de qué! Pues bien, los apellidos que llevas... ¡nobles apellidos sobre los cuales jamás cayó una leve mancha... no pueden ensu-

ciarse... por una villanía! *(Aparte, a don Ramón.)* (¿Voy bien?)

RAM. (De primera.)

EDUAR. (¡Gracias!)

RAM. (¡No hay de qué!)

EDUAR. Luis: todo es disculpable en la vida cuando inconsciente se hace. Pero... ¡ah! Cuando se traspasa la raya del honor, y cuando detrás de traspasada ésta... va saliendo la mancha y, por último, a esa mancha hay necesidad de ponerla en ama, entonces no hay más remedio que lavar esa mancha, pues si la mancha invade el honor nuestro, nuestros apellidos, que son los de nuestros padres, se verán manchados. ¡Esa mancha!...

LUIS. ¿Quieres que pida la bencina?

EDUAR. No es éste el momento más oportuno para gastar chuflas.

RAM. Siga usted, que razona con muy buen sentido.

EDUAR. ¡Gracias!

RAM. No hay de qué.

EDUAR. Con el inciso me cortó el hilo. ¿Dónde estábamos?

RAM. En la mancha.

EDUAR. Es verdad. Esa mancha... como dijo Muñoz Seca...

RAM. ¡Calderón! *(Aparte, a Eduardo.)*

EDUAR. (Es que voy a decir otra cosa que se me ha ocurrido.) Esa mancha, decía, como dijo Muñoz Seca... ¿Es "mancha que limpia"?

LUIS. "Mancha que limpia" es de Echegaray.

EDUAR. ¿Sí? Pues yo no estoy de acuerdo con Echegaray, pero sí estoy de acuerdo con Calderón, pues Calderón dijo... *(Piensa un poco y decidido lo lanza.)* "¡El honor, con sangre, señor, se mancha!"

LUIS. Calderón no dijo esa tontería.

EDUAR. ¿Pero no me dijo usted que fué Calderón el que lo dijo?

RAM. Sí, señor, Calderón.

EDUAR. ¡Sí, señor, Calderón!

RAM. Es que se ha equivocado usted. Calderón dijo: "El honor, con sangre, señor, se lava."

EDUAR. Pues eso he dicho yo.

LUIS. No, señor. Tú has dicho con sangre se mancha, y es, se lava.

EDUAR. Bueno, primero se mancha y luego se lava. ¡No se va a lavar sin mancharlo antes!

LUIS. Bueno, chico, que te pones muy pesado. ¿Adónde quieres ir a parar?

EDUAR. ¿Pesado? Seré breve. Conociendo una grave falta cometida por ti, yo te pido y aconsejo que repares la falta cometida con esa pobre muchacha, a quien con una palabra de tus labios la convertirás, de madre que es, en esposa. Y que esa inocente criaturita, tan exenta de culpa, pueda llamarte padre... cuando hable...

LUIS. Pero vosotros sabíais...

EDUAR. *(Muy natural.)* ¡No! Yo no sabía nada; me lo ha contado...

RAM. *(Le detiene bruscamente.)* (¡Pero qué dice usted!)

EDUAR. ¡Nosotros, sí; nosotros lo sabíamos todo!

LUIS. *(Fingiendo.)* Entonces, si lo sabían ya no puedo sincerarme. Ustedes ¿qué me aconsejan?

EDUAR. ¿Qué te aconsejamos?

RAM. Nosotros te aconsejamos que cumplas con tu deber de hombre honrado, que te cases, ¿verdad?

EDUAR. Sí, señor; que te cases.

LUIS. ¿Y si rechazase este consejo, si no me casara?

RAM. (Pínchele usted.)

EDUAR. (¿Con qué?)

RAM. (Dígale que será una infamia.)

EDUAR. Pues entonces, si no te casaras, serías... ¡un infame!

RAM. (Más, más.)

EDUAR. ¡Serías un granuja, un cobarde!

RAM. (Más, más.)

EDUAR. ¡Más, más! ¡Un sinvergüenza!... ¡Un canalla,

un destripador, un... Landrú! (Ya no sé qué decirle más.)

LUIS. *(Con cólera fingida.)* ¡Basta! ¡Basta ya! No puedo escuchar vuestras palabras.

RAM. Las de éste, yo no te he dicho nada.

EDUAR. ¡No, señor! Las de los dos, pues aunque yo hablo, esto es al cincuenta por ciento.

LUIS. ¡Basta, he dicho! ¡No me martiricéis más! ¡No laceréis más mi corazón con vuestros denuestos! *(Cae en una butaca con la cabeza entre las manos.)*

RAM. Ahora es la ocasión de que venga ella. Voy a llamarla. *(Se dirige a la derecha. Eduardo se va acercando a Luis y trata de consolarle, poniéndole una mano sobre la cabeza, que al grito que da Luis le hace dar un salto.)*

EDUAR. ¡Luis!

LUIS. ¡Aparta! ¡Sombra! ¿Qué quieres? ¿Qué deseas? *(Como un loco.)* ¿Qué quieres?

EDUAR. ¡No, Luis, no! ¡No te pongas así!

LUIS. ¿Quién eres, fantasma?

EDUAR. ¡Soy Eduardo!

LUIS. ¡Mentira! ¡Mientes!...

EDUAR. ¡Mi palabra de honor que soy Eduardo! Eduardo de la Vega y del Pozo, para lo que gustes mandar. *(Don Ramón sale con Anita, que trae la nena en los brazos, le toca en la espalda a Eduardo y éste da otro salto.)* ¡Ay! ¡Caray! ¡Podía usted avisar! *(Luis está en el sillón en la posición de antes, fingiendo abatimiento.)*

RAM. Ande, llámele usted, que vea esta desgracia.

EDUAR. ¡Un demonio, le llamo yo! ¡Es una fiera!

RAM. Llámele usted las fieras se amansan... cuando ven a las crías.

EDUAR. *(Llamando desde largo a Luis, y detrás de las demás figuras, bajito.)* ¡Luis! ¡Luisito!... Mira quién tienes aquí. Levanta la cabeza, que hay visita. *(Luis, pausadamente, retira las manos de la cara y vuelve la cabeza hasta contemplar el cuadro y con un arranque dramático dice.)*

LUIS. ¡¡Hija mía!! *(Quedan abrazados Anita y Luis, con la nena en los brazos.)*

RAM. ¡Qué cuadro!

EDUAR. ¡Salió lo que yo dije! Fin de la película. "¡Vivan los novios!"

LUIS. *(Apartándose de Anita.)* Un momento. *(Muy sereno.)* Tienes razón, Eduardo, salió todo como tú me anticipaste, pero falta el epílogo. ¿Tú qué es lo que me aconsejas? Que yo me case con Anita, ¿no?

EDUAR. Desde luego.

LUIS. Me llegaste al corazón, y si Anita quiere, yo te doy mi palabra de honor de que será mi esposa. ¿Tú tienes seguridad de que ella me quiere?

EDUAR. ¡Hombre... yo!... *(A Don Ramón.)* ¿Qué decimos?

RAM. Yo opino que eso ella es quien lo ha de decir. ¿Qué dice usted, Anita?

ANITA. No sé qué contestar. *(Dirigiéndose a Luis.)* ¿Qué digo?

LUIS. Esa pregunta se la debe usted hacer al corazón. El le aconsejará. Ahora, Eduardito, yo, que tengo una gran retentiva, recuerdo que el día que llegó Consuelito a la casa me dijiste al marchar: "Sabes que yo te quiero como a un hermano. Si necesitas algo de mí, en confianza, hoy por ti y mañana por mí." ¿Recuerdas tus palabras?

EDUAR. Eso te dije.

LUIS. Bien. Prepárate, Eduardito, siéntate en la butaca, no sea que te caigas al suelo. *(Eduardo escucha y hace todo cuanto le dice Luis sin comprender. Luis coge la nena de los brazos de Anita.)* Un momento, en seguida volvemos. *(Entra en la segunda derecha. Eduardo mira a don Ramón y a Anita.)*

EDUAR. ¿Adónde va?

RAM. ¿Usted lo sabe?

EDUAR. Yo no. Es lo que le pregunto.

RAM. Yo tampoco. Es lo que le contesto. *(Aparece*

Luis y le sigue el Ama, que trae la nena. Viene vestida con un traje de calle sencillo y elegante.)

LUIS. Pase, pase. No llore más, todo se arreglará. ¿Conoces a esta señorita? ¡Mírala bien!

EDUAR. ¡Isabel! *(Levantándose.)*

AMA. ¡Eduardo! *(Con la cabeza baja.)*

LUIS. ¿Qué es eso de bajar la cabeza? ¡La frente alta, mirando al cielo! Venga la nena. Consuelito, dale un beso a papá. *(La acerca a Eduardo.)*

EDUAR. Esa nena no es mía.

LUIS. *(Dejando la nena en los brazos de Isabel, que llora en silencio.)* Si antes te dije que retenía tus palabras pronunciadas cuando llegó Consuelito a esta casa, y va a hacer casi un año, figúrate si no he de retener las que hace unos minutos has pronunciado aquí. Eduardo, todo tiene disculpa en la vida, cuando inconsciente se hace. Pero... ¡Ah! Cuando se traspasa la raya del honor y cuando después de traspasada ésta... va saliendo la mancha... y a esa mancha hay necesidad de ponerla en ama...

EDUAR. ¿Qué estás diciendo?

LUIS. Yo no hago más que repetir tus mismas palabras.

EDUAR. Esas palabras no eran mías, sino del señor.

LUIS. De tus labios salieron. Y a mí iban dirigidas. Admití tu consejo.

EDUAR. Esto ha sido una cosa meditada por todos ustedes para cazarme.

LUIS. Para cazarte, no; para casarte, sí.

EDUAR. ¡Eso, jamás!

RAM. Déjame, Luis, que tome la palabra. Premeditado ha sido todo cuanto ocurrió y yo he sido el autor que hilvanó esta comedia para llegar a este final.

EDUAR. Y usted, no contento con los que se carga siendo médico, el tiempo que le queda libre después de matar gente, lo dedica a fastidiar a los demás. Por esta vez ha perdido usted el tiem-

po, porque no va a conseguir lo que se ha propuesto.

RAM. *(Acercándose a Eduardo y echándole el brazo por el hombro, que intenta rehusar éste.)* No lo conseguiría si fuera usted un canalla, y aun siéndolo, he puesto tanto cariño y tanta fe en lograrlo que, aun siendo usted un canalla, lo conseguiría. *(Eduardo intenta desasirse del brazo de don Ramón.)* ¡Estese quieto, hombre! No rechace este abrazo que le ofrezco. Hágase cuenta que es su padre quien le tiene cogido de este modo...

EDUAR. Mi padre se murió hace mucho tiempo.

RAM. Razón de más para no rechazarme. Piense en él, escuche mis palabras y acaso llegue usted, después de oírme, a hacerse la ilusión que no perdió a su padre y que éste le está hablando. *(Eduardo mete la cabeza en el pecho. Luis, Anita e Isabel contemplan la escena apartados. La nena está en los brazos de Anita.)* Todo cuanto aquí ha pasado, obra mía fué. Yo traje aquí a tu hija para que, poco a poco, a fuerza de mirarla le tomaras cariño, te fueses viendo en ella. Te hice creer que era Luis el padre de Consuelo y le puse ante ti como un canalla para que al tú recriminarle, te estuvieras recriminando al mismo tiempo y... ya lo sabes todo. Tú eres un buen muchacho, tienes corazón, en este momento puedes poner remedio al mal que cometiste y remedio a tu mal; pues esa vida que hasta aquí llevaste te tiene que llevar a la ruina del cuerpo y a la ruina del alma... ¿Qué dices? ¿Qué contestas? *(Hay una pausa en la que todas las figuras esperan ansiosas la respuesta de Eduardo. Este, emocionado, se abraza con cariño a don Ramón.)* ¡Buena respuesta es ésta! ¡Y con toda mi alma la recibo! ¡Ven acá tú, Isabel! *(Don Ramón la lleva con cariño paternal a los brazos de Eduardo.)* Verás cómo sin escuchar una palabra, con un abrazo te dice lo que tanto deseas escuchar.

(Se abrazan los dos. Una pausa en la que don Ramón coge a la pequeña y presentándola al grupo de Eduardo e Isabel, le dice.) ¡Anda, dale un beso a papá! *(La cogen los dos y se apartan al foro.)*

ANITA. ¡Qué bueno es usted!

LUIS. ¡Un santo! Y nosotros, todos, ¿qué le ofrendamos a este bendito amigo, por todo el bien que nos ha hecho?

RAM. Me regaláis la nena.

EDUAR. / AMA. ¡La nena, no!

RAM. ¡Ah, se me olvidaba! Toma. En esa cartilla va todo el dinero que, al parecer, se fué gastando. Es su dote, por todo el bien que ha hecho.

AMA. ¿Ella hacer bien?

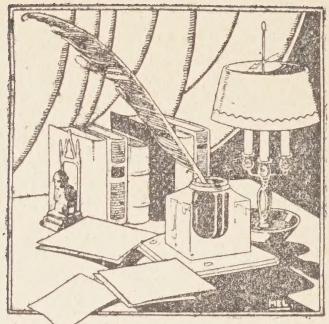
RAM. ¿Y te parece poco? Os ha unido a vosotros, vuelve a casa Consuelo... *(Luis asiente. Mirando a Luis y a Anita.)* Y hace que dos personas lleguen a enamorarse. Y ahora... Una vez terminada la comedia, haremos como se hace en el teatro. Cogeros de las manos. *(Sale don Jenaro.)*

EDUAR. Tome, don Jenaro. *(Le da la nena, para quedar con las manos libres, y don Jenaro queda en el centro de la escena, detrás de las figuras.)*

RAM. Nos haremos la cuenta que ahí, enfrente, está el público, nos adelantamos, y yo digo:

Público amigo y dueño:
un novel ante ti se ha presentado,
aliéntale con palmas en su empeño;
¡es muy triste, después de haber soñado,
ver, en la realidad..., que ha sido un sueño!

TELÓN



Lea Vd.

Los novelistas

30 CENTIMOS

Novelas cortas inéditas de los mejores autores